



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

Dinora Palma (Tuxtla Gutiérrez, Chiapas, 1984). Artista plástica. Es egresada de la Escuela Nacional de Pintura, Escultura y Grabado “La Esmeralda” —donde es docente de Gráfica— y becaria del Fonca. Realiza la maestría en Producción, Práctica y Pensamiento Contemporáneo en la Universidad de Ciencias y Artes de Chiapas en convenio con la Universidad Politécnica de Valencia. Ha participado en múltiples exposiciones colectivas y su trabajo ha sido exhibido en Londres, España, Japón y Costa Rica. Buena parte de su obra es dibujo; la temática de su trabajo es de corte autobiográfico, con perspectiva de género y reflexiones alrededor de la piel y el cuerpo femenino como territorio de la biografía. Actualmente trabaja en la expansión de sus dibujos a partir de la construcción de trajes/pielés simbólicos, hechos en papel japonés e intervenidos a través del dibujo y el bordado con el objetivo de evidenciar la cartografía interior.

La serie *Piel interior*, publicada en este número, fue realizada con el apoyo del Programa Jóvenes Creadores del Fonca.

El registro fotográfico de los dibujos de Dinora Palma incluidos en este número es obra de Ulises Escobar.

IMAGEN DE PORTADA



Carlos Omar Rosas García, de la serie *Mi lado oscuro*, fotografía digital en blanco y negro, 8 × 10 pulgadas, 2013

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
Una operación / Andrés Acosta	8
CONCURSO 46 DE PUNTO DE PARTIDA	
PRIMERA ENTREGA	
Danza de la muerte (poesía) / José Emilio Hernández Martín	15
Mi lado oscuro (fotografía) / Carlos Omar Rosas García	24
Muere Norberto Boiato (cuento) / Salvador Calva Carrasco	32
Kepler (cuento) / Marco Antonio Toriz Sosa	42
Horizontes difusos en la peculiar mente de un hombre promedio (fotografía) / Óscar Antonio Martínez Chávez	52
Mientras tanto (ensayo) / Diego Casas Fernández	60
El baúl y el féretro. Seis postales desde el infierno (ensayo) / Gustavo Alatorre Pérez	68
EL RESEÑARIO	
Trinos textuales sobre <i>Cofre de pájaro muerto</i> / Balam Rodrigo	76

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

José Narro Robles
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 192, julio-agosto 2015
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Itzel Rivas Victoria
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imagen de portada: Carlos Omar Rosas García
Ilustración de este número: Dinora Palma
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510. Tel.: 56 22 62 01 Fax: 56 22 62 43 correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com www.puntodepartida.unam.mx www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Este número, dedicado a la primera entrega del Concurso 46 de *Punto de partida*, abre y cierra con tres autores cercanos a esta casa: en el *Árbol Genealógico*, el narrador Andrés Acosta, quien fuera a fines de los años noventa jefe de redacción de esta revista, nos comparte una pieza notable en su concreción e ironía: “Una operación”. En *El Reseñario*, Balam Rodrigo dedica un exhaustivo análisis a *Cofre de pájaro muerto*, de Armando Salgado, volumen 13 de las Ediciones de Punto de Partida que obtuvo recientemente el premio de poesía Joaquín Xirau Icaza a obra publicada, otorgado por El Colegio de México y la Fundación que da nombre a este reconocimiento.

En cuanto al *dossier* dedicado a los ganadores de nuestro concurso, incluimos esta vez la serie de poemas acreedora al primer premio de Poesía: “Danza de la muerte”, de José Emilio Hernández, quien reta al lector con un estilo en cierta medida telegráfico y una tensión narrativa sostenida con fortuna. En *Cuento*, Salvador Calva nos presenta “Muere Norberto Boiato”, un relato metaliterario de corte policiaco, cargado de humor negro; y Marco Antonio Toriz publica “Kepler”, historia fantástica narrada a manera de informe. En el caso de los ensayos premiados, Diego Casas desentraña los hilos de la relación memoria-muerte-imagen en su texto “Mientras tanto”, y Gustavo Alatorre, en “El baúl y el féretro. Seis postales desde el infierno”, parte de la observación de los índices de distintas antologías de poesía mexicana para abordar a dos autores considerados por mucho tiempo al margen del canon literario del país y que han sido retomados en mayor o menor medida por las nuevas generaciones de poetas: Rogelio Treviño y Max Rojas.

Publicamos también los dos trabajos premiados en *Fotografía*: “Mi lado oscuro”, de Carlos Omar Rosas, una serie de corte conceptual con temática intimista y sólida factura, y “Horizontes difusos en la peculiar mente de un hombre promedio”, de Óscar Martínez, que logra mediante el recurso de la fragmentación una mirada distinta a un tema recurrente. Como discurso paralelo, ilustran estas páginas los dibujos de Dinora Palma, quien reflexiona sobre el cuerpo femenino como referente biográfico en una serie titulada *Piel interior*.

Para cerrar este comentario va nuestro agradecimiento al jurado de la edición 46 del Concurso de *Punto de partida*: Alejandro Almazán y Emiliano Ruiz Parra; Andrés Acosta, Marcial Fernández y David Miklos; Ana García Bergua, Anamari Gómiz y Alberto Chimal; Fernando de León, Gustavo Ogarrio y Brenda Ríos; Gabriel Figueroa Flores, Gerardo Montiel Klint y Fernanda Sánchez Paredes; Pilar Bordes, Nunik Sauret y Roberto Turnbull; Hernán Bravo Varela, Rodolfo Mata y Rocío Cerón; Tanya Huntington y Mónica Mansour. A todos, muchas gracias. 📍

Carmina Estrada

Una operación

Andrés Acosta

Me comunicaron que necesitaba una operación y declaré que cuanto antes, mejor. El médico me hizo recostar sobre una camilla. De entre su instrumental seleccionó un bisturí con dos filos: uno más largo y agudo que el contrario. La enfermera puso en mis manos un cuaderno en donde se ilustraban distintos tipos de intervenciones quirúrgicas y señaló una. Era un tajo horizontal de siete centímetros de longitud a la altura del cuello, del lado izquierdo. El texto al pie de la imagen informaba que dicho tipo de corte era delicado; no obstante, cicatrizaba en pocos días.

—No habrá anestesia —sentenció el médico.

Tomé el bisturí que me ofreció y seleccioné la hoja chata. Con la mano izquierda localicé el área en donde debía estirar mi piel. Con la diestra, hice una primera incisión, dolorosa; tuve abundante sangrado. La enfermera se apresuró a envolver sus dedos en una gasa y los colocó sobre la herida: la sangre, lo mismo que el sufrimiento, cedieron.

El médico, desde su asiento giratorio, externó su desacuerdo meneando la cabeza.

—Utiliza el lado filoso para prolongar el corte una pulgada hacia la nuca —indicó.

Me proporcionaron un espejo e introduje de nuevo el bisturí en mi cuello. Profundicé el tajo y lo agrandé.

—Muy bien —dijo él—, mantenlo abierto con tus dedos.

Tomó una especie de aguja de aproximadamente quince centímetros de largo y la expuso durante varios segundos a la llama de un soplete, haciéndola girar. Me la entregó todavía caliente, en silencio. Recurrí con la mirada a la enfermera, quien me mostró la ilustración de la página opuesta. La observé en detalle. Sostuve la aguja con la mano izquierda; la hundí gradualmente en la herida hasta sentir que pinchaba un cuerpo denso, como si hubiera picado una aceituna con un palillo. Extraje la aguja y ahí estaba; era un objeto ovalado, sanguinolento, como un gusano encogido. La enfermera me lo retiró para mostrárselo al médico.

—Correcto —aseveró él.

Lo recibió con pinzas y lo dejó caer dentro de un frasco que contenía un líquido incoloro. La enfermera cosió mi herida, la cerró por completo con movimientos hábiles. Al levantarme sentí vértigo. El médico se quitó el gorro azul y se llevó las manos a la cara. Cerró los ojos durante un momento.

—Hemos concluido.

Me dio una palmada en la espalda y estrechó mi mano. En el lado izquierdo de su cuello noté una cicatriz, blanca y antigua, poco visible.

—Gracias por la operación, doctor —contesté.

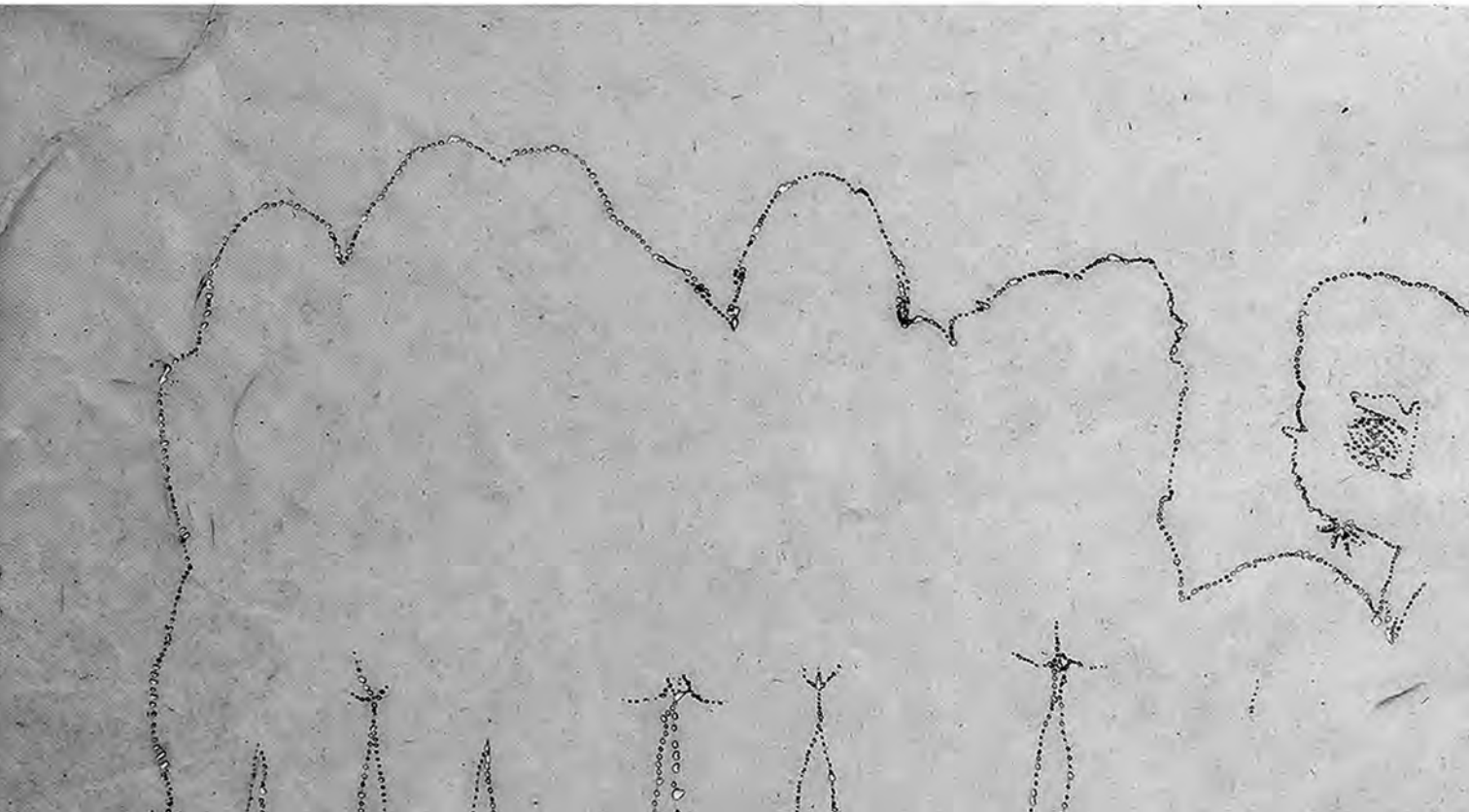
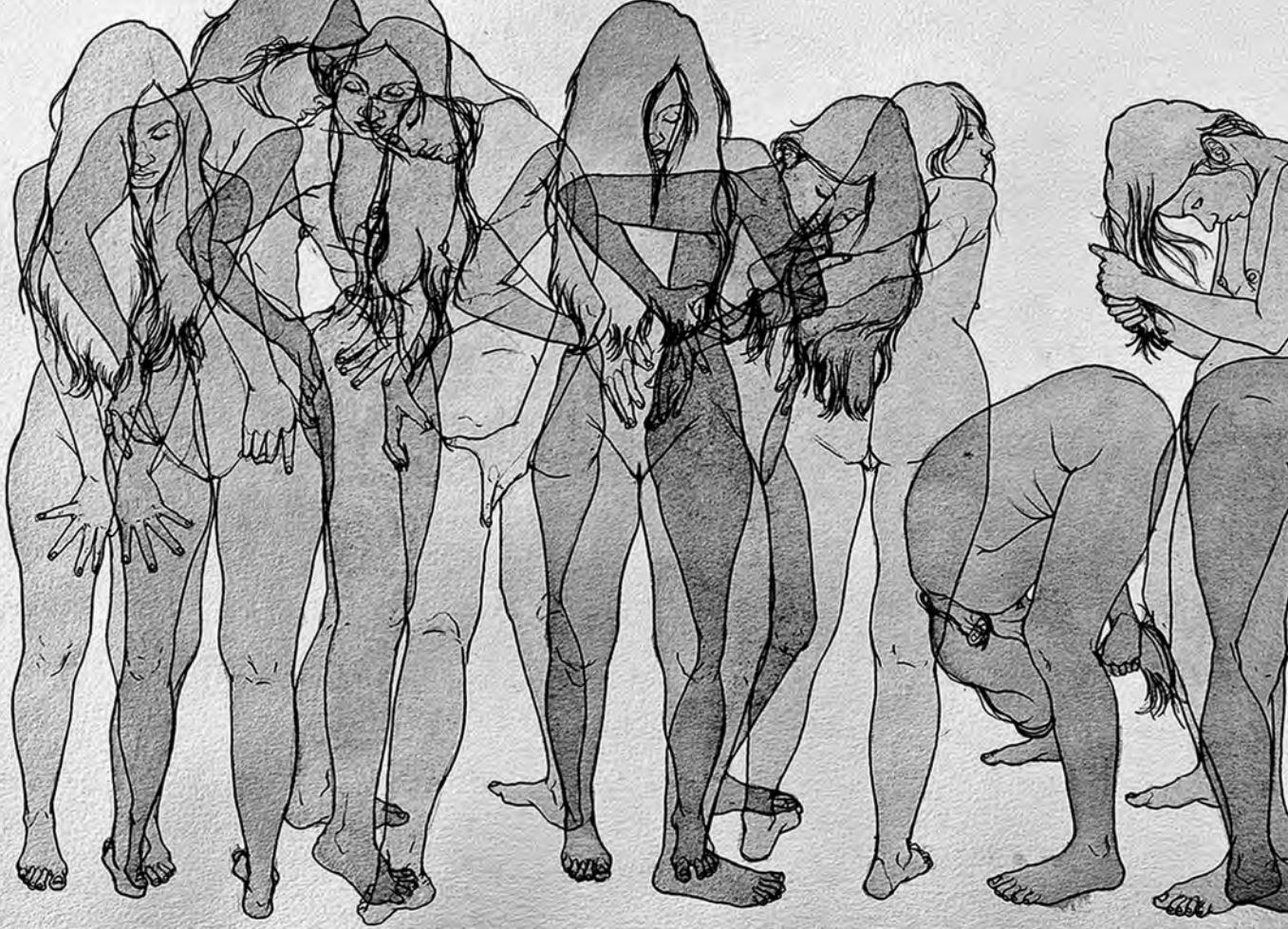
Mi voz sonó distinta. Más grave, quizá. Tomé el frasco: el cuerpecillo lucía arrugado y encogido; insignificante. Sonreí.

—Puedes llevártelo —dijo él.

—No tiene caso —repuse orgulloso de mi nueva voz y dejé caer el recipiente en el bote de basura. ♻️

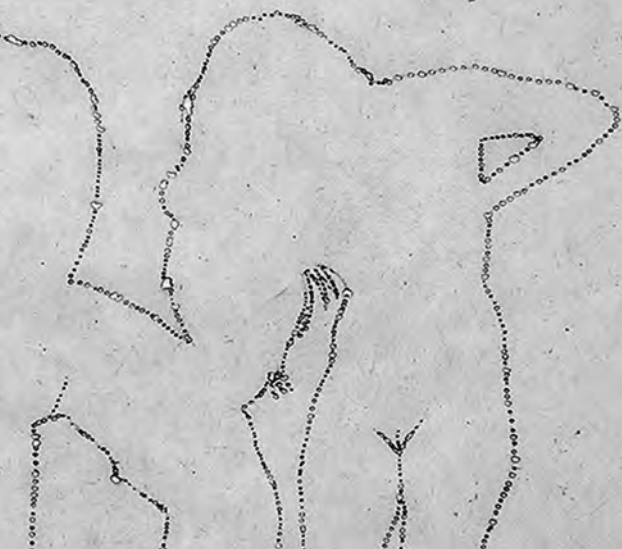
Andrés Acosta (Guerrero, 1964). Escritor. Desde 1991 ha publicado una docena y media de novelas y libros de cuentos para lectores infantiles, juveniles y adultos. Entre los libros de cuentos destacan *Capicúa 101* (U. de G., 2003, Premio Nacional de Cuento Juan José Arreola), *Solitarios y podridos* (UABJO, 2003, Premio Latinoamericano de Cuento Benemérito de América), *Lavadora de culpas* (Conaculta, 2005, Premio de Cuento para Niños de la Feria Internacional del Libro Infantil y Juvenil) y *Agua en polvo* (Norma, 2010); entre sus novelas, *No volverán los trenes* (FETA, 1998, Premio Nacional de Novela Corta Josefina Vicens), *Olfato* (Ediciones SM, 2009, Premio de Literatura Gran Angular), *Cómo me hice poeta* (Ficticia / Conaculta / ICY, 2010, Premio de Novela Juan García Ponce), *Lengua de hierro* (Instituto Guerrerense de Cultura / Conaculta / Praxis, 2013, Premio de Novela Ignacio Manuel Altamirano) y *Tristania* (Ediciones El Naranjo, 2014, Premio Iberoamericano de la Fundación Cuatrogatos); y su poemario *El libro de los fantasmas* (Premio Internacional Sor Juana Inés de la Cruz, en poesía infantil, 2014). Ha sido beneficiario del Fonca, del Foeca Guerrero, así como del Programa de Residencias Artísticas en Colombia, Canadá y Austria. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.

pp. 10-11: Sin título, diptico (detalle), de la serie *Piel interior*, lápiz, tinta y pirograbado/papel japonés, 30 x 76 cm cada pieza, 2015





Concurso 46 | Primera entrega



Concurso 46

Premios y menciones



CRÓNICA

Primer premio

El Batman que pobló el Centro Histórico con superhéroes

León Felipe Ramírez Sánchez

Facultad de Estudios Superiores Aragón-UNAM

Segundo premio

Reinas

Saúl Florentino Sánchez Lovera

Centro Universitario de Estudios

Cinematográficos-UNAM

JURADO: Alejandro Almazán y Emiliano

Ruiz Parra

CUENTO

Primer premio

Muere Norberto Boiato

Salvador Calva Carrasco

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Kepler

Marco Antonio Toriz Sosa

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Expediente 0004165

Sergio Martínez Carrillo

Universidad de Guadalajara/Sistema

de Universidad Virtual

La explicación

Víctor Vásquez Quintas

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM, SUA

JURADO: Andrés Acosta, Marcial Fernández

y David Miklos

CUENTO BREVE

Primer premio

Putete

Enrique Ángel González Cuevas

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Please Be Hot

Martín García López

Universidad de Guadalajara

Menciones

Mi vida era aburrida hasta que entré a una librería oculta o de cómo perdí mis pestañas en un juego de cartas

Ilse Daniela Campos Ruiz

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Él

Jimena Araceli García García

Colegio Madrid

Sobre un pequeño percance

José Manuel Hidalgo Cruz

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Retroceso

Pedro Portillo Segovia

Universidad Autónoma de la Ciudad de México,

plantel San Lorenzo Tezonco

Astronomía no es igual a Astrología

Emiliano David Ruiz Villalba

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

La prisión

Luis Sánchez Saavedra

Facultad de Ciencias Políticas y Sociales-UNAM

JURADO: Ana García Bergua, Anamari Gomís

y Alberto Chimal

ENSAYO

Primer premio

Mientras tanto

Diego Alexis Casas Fernández

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

Segundo premio

El baúl y el élfetro. Seis postales desde el infierno

Gustavo Alatorre Pérez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Menciones

Antígona desciende a los infiernos

Leonarda Rivera Sosa

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Retórica del infomercial

Laura Sofía Rivero Cisneros

Facultad de Estudios Superiores Acatlán-UNAM

JURADO: Fernando de León, Gustavo Ogarrio

y Brenda Ríos

FOTOGRAFÍA

Primer premio

Mi lado oscuro

Carlos Omar Rosas García

Facultad de Química-UNAM

Segundo premio

Horizontes difusos en la peculiar mente de un hombre promedio

Óscar Antonio Martínez Chávez

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Menciones

Dime qué comes y te diré quién eres

Diana León Valdez

Universidad de las Artes/Instituto Cultural

de Aguascalientes

Óptica

José Manuel Posada de la Concha

CICATA, Instituto Politécnico Nacional

JURADO: Gabriel Figueroa Flores, Gerardo

Montiel Klint y Fernanda Sánchez Paredes

GRÁFICA

Primer premio

Postales mayas

Blanca Luz Alaníz Cosío

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Segundo premio

Desoladas alegorías para un mundo de apatía

Balam Itzcoatl Celedón Nieto

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Menciones

Memorias de Cruz

Anthony García Dena

Escuela Nacional de Pintura Escultura

y Grabado "La Esmeralda"

Retorno a la naturaleza

Irene Hernández Hernández

Escuela Nacional Preparatoria No. 9 "Pedro

de Alba"

Siete pecados capitales

Joel Gerardo Marquina Corona

Universidad Autónoma del Estado de Morelos

El amor, locura, la muerte (Al amor lo cura la muerte)

Diego Kin Pérez di Castro

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Arquitectura por el mundo

Luis Alejandro Reyes González

Escuela Nacional Preparatoria No. 9 "Pedro

de Alba"

Llamados de la naturaleza

Pablo Alejandro Ríos Berriel

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

Música y vida

Rodrigo Sánchez Martínez

Escuela Nacional Preparatoria No. 9 "Pedro

de Alba"

JURADO: Pilar Bordes, Nunik Sauret

y Roberto Turnbull

POESÍA

Primer premio

Danza de la muerte

José Emilio Hernández Martín

Universidad del Claustro de Sor Juana

Segundo premio

Se declaró desierto

JURADO: Hernán Bravo Varela, Rodolfo Mata

y Rocío Cerón

TRADUCCIÓN LITERARIA

Primer premio

Cinco poemas de Kim Addonizio

Martha Liliana Rodríguez Mega

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Segundo premio

Selección de microficciones de Régis Jauffret

David Murra Morales

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

JURADO: Tanya Huntington y Mónica Mansour

Primera entrega

POESÍA / Jurado: Hernán Bravo Varela, Rodolfo Mata y Rocío Cerón

Danza de la muerte / Primer premio

José Emilio Hernández Martín

Universidad del Claustro de Sor Juana

CUENTO / Jurado: Andrés Acosta, Marcial Fernández y David Miklos

Muere Norberto Boiato / Primer premio

Salvador Calva Carrasco

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

Kepler / Segundo premio

Marco Antonio Toriz Sosas

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM

FOTOGRAFÍA / Jurado: Gabriel Figueroa Flores, Gerardo Montiel Klint

y Fernanda Sánchez Paredes

Mi lado oscuro / Primer premio

Carlos Omar Rosas García

Facultad de Química-UNAM

Horizontes difusos en la peculiar mente de un hombre promedio / Segundo premio

Óscar Antonio Martínez Chávez

Facultad de Artes y Diseño-UNAM

ENSAYO / Jurado: Fernando de León, Gustavo Ogarrío y Brenda Ríos

Mientras tanto / Primer premio

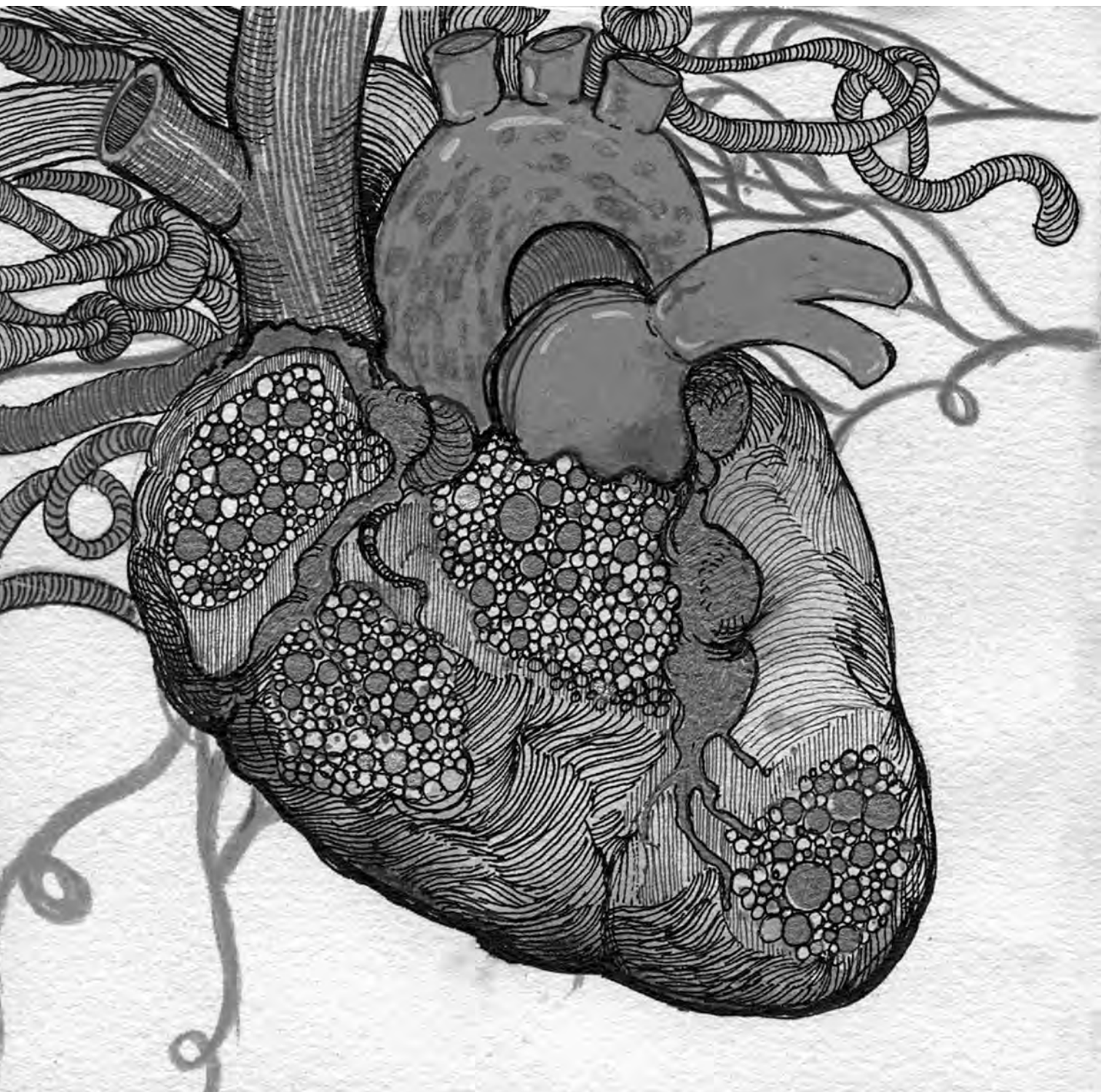
Diego Casas Fernández

Benemérita Universidad Autónoma de Puebla

El baúl y el féretro. Seis postales desde el infierno / Segundo premio

Gustavo Alatorre Pérez

Facultad de Filosofía y Letras-UNAM



Sin título, de la serie *Estrategias para evitar el olvido*, tinta y lápices de colores/papel, 10 x 10 cm, 2010

Danza de la muerte

José Emilio Hernández Martín

UNIVERSIDAD DEL CLAUSTRO DE SOR JUANA

I

Una estrella cae incendia el mar una voz propaga un rumor de acabamiento Una mujer se estrella contra un árbol un hombre corre a su encuentro es su padre el auto envuelto en llamas grita agonía se confunde con el cielo negro la mujer que quemó y murió la noche del cinco de febrero es velada dos semanas después Al bebé lo cremaron las cenizas dieron vida a un ciruelo una araña cava la tumba en las hojas entierran a los muertos Una mujer joven sale a la calle ahí está su sueño florecido apenas su espera se sube a un automóvil lo maneja un hombre de ochenta años come un plátano escuchan una canción sin letra el auto recorre la ciudad a ciento veinte kilómetros por hora se detienen por un helado ella lo pide de guanábana él no lleva su dentadura postiza le duelen las encías desde hace treinta años quiere morir hace diez y hace cinco quiere ser padre de nuevo sus hijos lo han abandonado La joven lo besa el hombre de ochenta años rompe las costras de su sonrisa él le propone matrimonio ella se rehúsa confiesa que es hombre el viejo de ochenta años invita a todos un helado después de eso se promete jamás salir de su casa Lo encuentran dos meses después muerto en posición fetal con una nota en la frente que no decía nada Una mujer negra canta la canción/ con la que ahorcaron a su padre noche/llora porque no sabe la letra/llora porque no sabe la letra Ramas mecidas por los árboles como viento por la respiración como un gato movido por la barda hueca el mar el mar el mar el mar que se encuentra tan lejos abierto de olas alejado de lo lejano ya no se escucha el incendio de la Marea Un padre lleva a su hijo a la escuela una mujer de falda corta se le insinúa en el estacionamiento el padre le invita un trago a la mujer de falda corta ella dice soy casada el hombre le ofrece los ojos más hermosos que ella haya visto la mujer acepta recibe una llamada telefónica suelta la mano del padre y sale del restaurante es su marido quiero el divorcio ella se tapa la boca camina entrecierra los ojos quiero

José Emilio Hernández Martín (Ciudad de México, 1993). Estudiante de Escritura Creativa y Literatura en la Universidad del Claustro de Sor Juana. Ha sido becario en dos ocasiones por la Fundación para las Letras Mexicanas y la Universidad Veracruzana en el área de Dramaturgia.

el divorcio camina camina hace meses que me cojo a tu hermana la mujer cierra los ojos y camina Un automóvil a ciento veinte kilómetros por hora atropella a la mujer de falda corta muere al contacto el hombre que tomaba un trago pide la cuenta y sale del restaurante La caja de pañuelos no se acaba por los ruidos de la noche los fantasmas pegados a la pared masturbándose lamiéndose unos a otros riendo como hienas Un niño calvo usa gorras todo el día porque le da vergüenza que los otros niños sepan que su padre murió en la guerra le dio mucho miedo salir de noche dos balas le atravesaron la espalda salieron limpias de un lado a otro Una roca se desmorona en mi mano el cerro se desgaja páramo vacío En la ciudad un cuarto una mujer sin brazos ve la ventana una llama la hoguera una cuerda Aquí está mi sueño mi espera aquí está mi mano sobre otra mano que sostiene un arma aquí está mi lengua rabiosa aquí está mi hombre obeso al lado de mí en la cama de mi madre con su gato obeso aquí está mi divertimento de noches el tiempo convertido hoyos en los dientes aquí está el tiempo convertido en el fondo del mar sin fondo Mi cementerio mi danza mi espera mis arrugas aquí está mi puta mi zorra mi jinetera mi maldito imbécil todo mi pecho resplandece insurrecto de todas mis muertes estrella en mi tierra en llamas Alíviame pues historia infame historia sin fin alíviame de todos los que viven dentro de todos los que muerden Tú alíviame de las rocas de las espinas de ojos bizcos y piernas volteadas brazos velludos sin lengua sin hombro derecho Canto por el derrumbamiento canto por el tipo que no llega por una espera tantas esperas de tantos árboles de cuerdas sueltas una espera agónica un último minuto Dónde están las tortugas que sostienen el mundo dónde están los monstruos que dividen los océanos dónde están los bosques dónde está Dylan *like a fucking rolling stone* dónde está mi madre con su mano sobre los centenares de frentes dónde está mi padre llevándome de paseo en automóvil a ciento veinte kilómetros por hora dónde está la muchacha del helado dónde está el hombre

dónde está mi novio que tanto amé dónde está la mujer que se llevó el mar y que no he vuelto a ver dónde está mi pecho mi llagada córnea dónde están mi padre y mi madre juntos dónde está mi matrimonio mi ebriedad mis hijos enfermos dónde está mi huida mi sur dónde está mi novia dónde está ella cogiéndome dónde está el poema que escribo como pendejo dónde está ella tomando la mano de cualquiera dónde está ella en la calle dónde está ella viéndome dónde está ella con su cara que no es de ella pero sí es ella pero que no es ella que no es mi ella que no es su ella dónde estoy yo parado dónde están todos quiero estar allí morir solo dónde está chicago riéndose de todos nosotros dónde está mi sonrisa inerte dónde está el desierto dónde quedaron todos dónde quedó mi abuela cuando estaba viva empolvada yerta en un sillón crustáceo con la boca llena de dulces amargos Un hombre se sienta en su silla a escribir una carta deja que los dedos le sangren a torrentes a relámpagos a tormentas tornado de hojas vuela sobre mi cabeza esto es nada aquí esto allá sí no siempre nunca nada para nada no sé quiero estar solo quiero estar muerto no quiero que la muerte me tome por sorpresa quiero dejar de escribir quiero sentir que puedo no hacer quiero poder separar las cosas y no separar nada Ola suave mar de olas Ven acércate llévame lejos de aquí donde las cosas no pasen tan seguido para que les diga a tus padres que sí que sí que sí para que les diga a los otros que está bien que todo va a estar bien no hay problema para decirles a todos que estamos bien Esto no es un poema esto es un grito esto es un hombre perdiéndolo todo esto es una mujer que no existe esto no es un camino esto no es un poema es una langosta es un niño que come ostras esto es las manchas en la boca del niño esto es el cabello de un hombre calvo esto es una vieja haciendo deporte es un hombre tirado en el baño de una cantina desnudo esto es mi sueño es mi espera es una mujer hermosísima vestida como un mono como un mono en la cama Un adolescente llega a nueva york se pierde en el

museo de arte moderno se masturba en central park camina por broadway se le pierden los zapatos se queda sentado en la cuarenta y siete y broadway y por el resto de su vida resuelve laberintos publicados por un periódico local es feliz sus ojos se nublan no puede ver más el adolescente que ahora es un viejo recuerda el día que llegó a nueva york recuerda el día en que se perdió en el museo de arte moderno recuerda el día en que perdió sus zapatos recuerda el día que se quedó ciego recuerda los laberintos recuerda la pintura que no entendió y llora en broadway y la cuarenta y siete el anciano llora porque lo recuerda todo se queda en silencio muere nadie se acuerda de él Déjame entrar déjame entrar déjame entrar déjame entrar déjame entrar a tus olas de siempre a tus pupilas de sal déjame estar en tus espumas cálidas déjame entrar a tu selva oscura de palabras no me toques con tu serpiente mortal calma las angustias del hombre promedio tonto e insulso calma la fiebre de mis piernas calma las preocupaciones estúpidas de la muerte calma el viento frío calma el frío y las mareas de la oscuridad comienzo desde la oscuridad a reconstruir la jornada se parte en diez mil ya no estoy ya no sé quién soy la playa se acaba aquí no queda nada que decir una estrella cae incendia el mar propaga el acabamiento como la primera chispa una ola un relámpago la voz todo se quema en un mismo grito

II

Lengua mitad de un océano hambriento miembros entre mil espaldas Una cantante negra de los treinta sube a un escenario sucio y canta sobre su padre asesinado Piernas que se abren manos que se frotan calientes Música sin partitura un baile oscuro dentro de un hospital amarillo Noche que avanza sobre la avenida angosta

Avanza y los niños salen a jugar bailan gritan cerca de la hoguera que han hecho sus propias madres Sal ola salada Rompe sola Rompes ola Rompe ola Lejana Un hombre desnudo se sumerge en el estero Romper de una ola un casco metálico un paso sigiloso la noche blanca oscura ventosa se muere frente a nosotros Una mano encuentra otra mano cerca el suelo suave apenas se tocan apenas miran ambas manos olor terciopelo las manos se rodean se pierden enferman señalan cargaron primero el cadáver de la otra Ver nada en un pozo de cien manos idílicas Langosta marmórea grano por grano se arrastra en el sueño arena espaciada tiempo Un rezo tres rodillas sangran una voz un campo soleado un camión una llanta pinchada tigre absorto por sus propias rayas jaula polvosa tigre tallado en cincel por roca de cantera tiempo dividido en dos cerca lejos ahora después ayer siempre hasta luego nunca tiempo líneas saltando entre las épocas El brazo de una anciana palpado por la enfermera la aguja encuentra una vena apropiada dedo en la vena azul la enfermera levanta sus dedos cruzados entierra los ojos en el brazo de la vieja introduce la aguja en el brazo y en la vena y en el cuerpo de la anciana suelta un grito que nadie escucha la enfermera ríe llena dos tubitos con sangre la anciana muere esa noche de un infarto deja que me vista para la fiesta de tu prima te ves bien no te quedan esos zapatos mejor quítate la peluca rubia nunca me gustó no te queda el pito falso cuántos murieron qué dicen nadie sabe dónde están qué pasó Un cocodrilo mató a un hombre blanco y obeso en florida sus hijos no dieron declaraciones su esposa se quitó la peluca después de treinta y cinco años y pidió disculpas por no haber llorado pero se excusó diciendo que su marido blanco obeso calvo miembro del ku klux klan era pésimo cogiendo y prefería a los hombres negros a las mujeres sin piernas o a los menores de edad Una vela derretida un mar sin olas mar sin olas una ola tras ola tras ola tras otra en la arena ola de arena Torso desnudo un cocodrilo un mar sin fondo una mujer negra es ahorcada

una mujer canta la canción de cómo fue asesinada una tormenta lluvia incendio bosque de niebla Un mono sube a un árbol mira el mundo y ve amor come un plátano observa la tarde recorriéndose el cielo palpita en la garganta del mono es el cielo más hermoso que el mono ha visto El mono se rasca la cabeza y termina su plátano Imagínate mamá en un cohete espacial tú y yo en el silencio mamá desaparece mamá quédate en el espacio espacio ahí hay un espacio por qué nadie puede vivir en el espacio porque no hay espacio para vivir qué hay en esa habitación papá no debes entrar en esa habitación nunca hijo de puta y sonrío come de tu helado qué es un poema que no habla de nada como éste es un grito un escupitajo de nada que sale por inercia una respuesta al horror ésta es mi respuesta mi aullido mi caminar errante por las calles atestadas de mierda éste es mi sueño éste es mi departamento en los suburbios desordenado el mismo departamento que jamás voy a comprar porque me voy a morir antes de comprar un puto departamento éste es mi baile ésta es mi enfermera esto es mi poema que no vale nada éste es mi árbol sin raíces ésta es mi novela fallida sobre la guerra donde perdí a mi hermano donde confundí a mi hermano con el enemigo y le disparé éste es mi premio de joven dramaturgia gerardo mancebo del castillo ésta es mi juventud ésta es mi dramaturgia éste es mi joven muerto tan temprano ésta es mi nada a gritos ésta es mi enfermedad éste soy yo entrando a un cuarto sin ventanas éste soy yo muerto ésta es mi lengua víbora sobre una alfombra persa que ha absorbido sangre de otra alfombra persa a la que se le ha caído una copa de vino alfombra oscura y negra fiesta negra y oscura sin sentido mientras todo pasa allá afuera mientras todo arde fuera nosotros nos quemamos entre un cigarro y el humo del anterior estas palabras son las de un discurso sobre el acabamiento son palabras acabadas que nadie va a escuchar porque no soy tan joven ni tan virtuoso no queda tiempo para asesinar ni crear mi tiempo culmina con estas palabras en ésta brindo

mientras todos aquí alejados de la ventisca hasta otra ventisca de lodo Quiero poner aquí todas las palabras que conozco quiero poner esta vida aquí mismo aquí con todos los que ven el llanto imbécil de cualquiera que tiene espejos por ojos quiero poner aquí todas las personas que conozco esto es mi tumba mi epitafio ojalá nadie tropiece conmigo y diga AAAAAAAAAA y se caiga y muera donde estoy yo enterrado aquí quiero poner el sueño de no dormir en dos años aquí la vida que no empieza termina que está aquí mismo como en el norte el frío detiene acá nos detiene el ruido de voces en las paredes un montón de piedras Déjenme por favor decir esto en mi funeral déjenme levantar mi cuerpo mi torso desnudo de noches para servirme un vaso de leche agria déjenme gritar una vez muerto que mi pecho no sana que mi frente arde que el consuelo no existe para los desesperados y que la angustia es angustia siempre no hay alivio ya lo he visto todo me voy a levantar de esta silla y todo se va caer Una sirena ahogada en la tierra otra sirena corta su cola para venderla otra sirena sacándose los ojos por la ternura y el hambre la misma sirena comiendo a la sirena ahogada en la tierra la sirena del renglón anterior entra al mar y se reproduce con un sireno apuesto y adinerado nunca vuelve a disfrutar nada Al final de su vida recuerda a la sirena ahogada que devoró hace tanto tiempo y siente compasión llora la sirena se ve a sí misma frente al espejo muere en su propia amargura esa amargura que pocos comprenden ésa de ver el pasado y recordar lo poco lo doloroso Hoy sé que voy a morir soñé que salía a caminar y unos hombres me subían a un coche me golpeaban me encerraban en una cárcel de maíz avioncitos surcaban mi cielo preso e imbécil Un laberinto de maíz Ésta es la última carta que voy a escribir porque tengo miedo de que me sangren los dedos una cuerda ensangrentada una mujer que se asfixia unos hombres hacen chistes metidos en la oficina

Un señor medita en la cama sobre el porqué de su vida, medita por qué tiene que ser el señor ese señor que tiene un tatuaje en el culo. El señor se desnuda e intenta mirar su tatuaje en el culo, pero se da cuenta de que su vista ha empeorado con los años. El señor es tan ciego que no distingue lo que dice su tatuaje. Probablemente el señor tiene tatuado en el culo un corazón rojo con el nombre de una muchacha inscrito en él. El señor que meditaba sobre el porqué de su vida en su cama va a la cocina y tras no encontrar un cuchillo va al baño y saca un cortaúñas después regresa al espejo con el cortaúñas y prueba arrancarse el tatuaje del culo con el nombre de una muchacha, pero no puede porque sus dedos son demasiado gordos para asir con precisión el cortaúñas y llora. El señor que meditaba sobre su vida llora hasta que no le quedan lágrimas y vuelve a la cocina, saca una botella de vino, baja las escaleras y coge las llaves de su auto, pero al no encontrar las llaves de su auto recuerda que nunca tuvo suficiente dinero para comprar uno y sale de su casa. El señor que meditaba sobre su vida camina ahora por una calle. La noche avanza por el vecindario oscuro el señor que meditó sobre su vida avanza con la noche a cuestas, se detiene en un McDonalds. Entra. Después de pedir una bigmac y un Mcrefresco de manzana y unas Mcpatatasfritas decide Mcdesnudarse frente a todos y Mctirarse al suelo lleno de Mcgrasa. Después entra a la cocina y mete su cabeza en el Mcaceitehirviendo de las Mcpatatasfritas. Muere sin haberle dicho a nadie que estaba enamorado de su compañera del sexto “E”. Se murió sin haberle dicho a su madre que fue él quien rompió la ventana del baño ese día que nadie recuerda.

Esto no se dice esto se escribe esto no se puede escribir por eso tuve que hacer una lista que pocos van a entender justo como nadie entendió al señor que meditaba sobre su vida así me voy a morir yo en una calle hoy el día tal del año tal en una calle con nombre de fecha importante esto es una marcha esto es un paso vestido de voces esto no es un poema esto es una garganta hecha añicos me miré la mano y no vi una mano vi la cara de mi padre haciendo gestos incomprensibles vi una mujer que caminaba lentamente con un niño a cuestas vi a otra mujer colgada en un árbol vi un hoyo y después vi cientos de hoyos más estoy aquí María esperando una llamada la tuya me gusta esperarte me gusta esperarte me gusta ese sonido me gusta tu sonido cuando rozas la sábana me gusta tu sonido cuando no eres tú y cuando sí eres tú me gusta cuando me cortas con tus pestañas aquí voy a estar entre toda esta basura enterrado en la mierda entre gusanos y biblias aquí te espero aquí espero mi vida aquí espero a mi vida mi vida mi vida te quiero tanto que a veces no puedo hablar Perdón si te dejo sola pero esto no es un poema y yo no soy ningún personaje famoso ni medallista olímpico Tengo los dedos rojos de tanto pasar las páginas Un pájaro pica mi espalda voy a voltear y voy a desaparecer

FOTOGRAFÍA

Mi lado oscuro

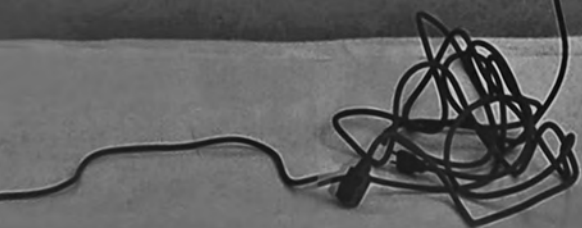
Carlos Omar Rosas García

FACULTAD DE QUÍMICA-UNAM









Todas las imágenes:
fotografía digital en blanco
y negro, 8 × 10 pulgadas, 2013



Carlos Omar Rosas García (Ciudad de México, 1987). Estudiante de Química de Alimentos en la Facultad de Química de la UNAM, y de Fotografía en el Faro Tláhuac. Ha participado en exposiciones fotográficas como *Miedos*, *Intro*, *Homenaje DFectuoso Itinerante: Hecho en ARC/MEX*, esta última en convenio con la Universidad de San Luis, Argentina. En 2012, sus imágenes fueron seleccionadas por la fundación sueca ADAY.org para participar en el proyecto fotográfico *A Day in the World*. En 2014 fungió como voluntario en la fundación Pedro Meyer Casa Coyoacán, donde participó en diversos talleres de fotografía documental, iluminación, retrato y fotoperiodismo. En 2015 fue curador del proyecto fotográfico *Adiós TV El fin de la televisión analógica*, del fotógrafo Francisco Mata Rosas. Ha obtenido diversos reconocimientos por su obra fotográfica por parte de la UNAM, IPN Once TV México, Canon de México, Sony de México, FotoFestín y Alianza Francesa. Actualmente es colaborador del colectivo Encontraste, mediante el cual ha publicado en línea proyectos fotográficos de carácter artístico-documental.







Muere Norberto Boiato

Salvador Calva Carrasco

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Un personaje no es más que una sarta de palabras.

Robert Louis Stevenson

Una se pone a escribir con ahínco, pero llega una hora en que la pluma no rasca sino la polvorienta tinta, y no discurre ya ni una gota de vida, y la vida está toda fuera, fuera de la ventana, fuera de ti, y te parece que nunca más podrás refugiarte en la página que escribes, abrir otro mundo, dar el salto.

Italo Calvino, *El caballero inexistente*

Día 1

El comandante entra a la oficina. Me informa que Norberto Boiato murió en la madrugada y que debo ser yo quien investigue el caso.

—Nunca fue de mis favoritos— reclamo.

—González sigue con el asunto del plagiarlo; Lutver se ocupa de un fantasma, y yo trato de salvar el colofón de este Departamento— responde con evidente molestia.

“Pobre Lutver”, me digo, siempre hace el trabajo sucio. Leo después en los periódicos:

Adiós, maestro

El prolífico escritor y ensayista Norberto Boiato falleció esta madrugada a la edad de cientos de reimpresiones. El presidente de la República, desde el extranjero, lamentó “la pérdida de una de nuestras mayores glorias de la literatura en el país. Descanse en paz, Norberto Baito” (*sic*). Diversos artistas, los integrantes de la Sociedad de Escritores Muertos, así como políticos, se unieron al pésame del presidente, unos a través de las redes sociales, otros en silencio.

El escritor falleció en su domicilio, tal como informó la Secretaría de Cultura. Se desconocen con certeza las causas de su muerte, aunque algunos dicen que “se le acabó la tinta”. Sus restos serán velados [...]

Tomo mi gabardina y mi sombrero, salgo del viejo Departamento de Asuntos Literarios y me encuentro con un día lluvioso. Camino hasta la estación del tren y abordo el primero con rumbo al sur. Es bien sabido que en este mundo de líneas y signos, los cadáveres no apestan, pero se borran en unos días, se convierten en tinta sin sentido. (“No somos más que relieves en el llano de la página”, creo que dijo Boiato alguna vez.) Luchamos contra la fuerza de gravedad, emergemos unas veces de un campo yermo, aunque casi siempre de tierras previamente cultivadas. La vida de un personaje, cualesquier de los oficios que practique, suele ser injusta. Unos están destinados al olvido; otros, a la muerte; otros más ni siquiera existieron por completo, casi siempre por culpa de su hacedor.

La lluvia cesa de este lado de la ciudad, no así la gente que se vuelca para ver —si tiene suerte— el rostro ilegible de Boiato. Avanzo entre admiradores, extras, lectores y periodistas. Con algunos problemas, llego a la valla. Apenas entro a la casa, la viuda, de muy buenas letras, me recibe con lágrimas en los ojos. Me identifico y la abrazo sin métrica.

—Cómo lo siento, era un grandísimo escritor— le susurro al oído y deslizo mi mano derecha por su paréntesis. Escucho “gracias” desde las profundidades de su alma. Tomo nota de sus generales y particulares. Camino después por el largo pasillo que lleva a la biblioteca.

Salvador Calva Carrasco (Teloloapan, Guerrero, 1985). Licenciado en Lengua y Literaturas Hispánicas, maestro en Letras latinoamericanas y doctorando en Letras por la UNAM. Es autor del libro de cuentos *Personajes* (Paroxismo, 2013).

Un uniformado revisa mi gafete y expresa con rapidez: “Dr. Kabir, adelante”. Justo a la mitad de la habitación, tendido, está Boiato. Otro hombre de uniforme vigila el interior. Interrogo la alfombra, los cuadros, el espejo de cuerpo completo, los altos libreros, las ventanas, las cortinas, la silla y el escritorio. La alfombra donde yace Boiato sin una gota de tinta, los cuadros como espejos, el espejo inmutable, los libreros callados, las ventanas abiertas, las cortinas densas, la silla tendida junto al cuerpo y el escritorio ordenado, sólo unos lentes redondos y una vieja máquina de escribir.

Miro a Boiato. “El cuerpo de un personaje hecho de ideas sin eco”, me digo. Cumplo con el protocolo y busco cabellos, huellas, fluidos, etcétera, sólo para descartar una posible naturaleza humana. Muevo la cabeza de Boiato, veo su rostro, advierto, en la comisura de los labios, un chorro de tinta. Reviso cajones, anaqueles y descubro, finalmente, una sección de libros apartados del resto (*Il cavaliere inesistente*, *Sei personaggi in cerca d'autore*, *Mutter Courage und ihre Kinder...* ¡pedante!), que resguarda un frasco de tinta china añejo, vacío. “From Luc’s Kingdom”, leo con mi mejor inglés.

Tenía la esperanza de volver temprano a casa, beber un poco y esperar el siguiente caso de una literatura más cercana a mí; pero este viejo reclama lentas páginas. Llamo al comandante.

—Te escucho, Kabir.

—Parece que Boiato se suicidó —digo.

—¿Estás seguro?

—Sobredosis —argumento.

—¡Qué tipo! Hablé con la Sociedad de Escritores Muertos, quieren el cuerpo de Boiato para despedirlo

como merece un hombre de letras. Seguro darán de brinco con la noticia. Les dije que te dieran unos minutos.

—Una cosa más, jefe; pediré que empaquen todos los papeles sueltos de Boiato. Investigaré el caso a fondo.

—Como quieras.

Dejo la biblioteca y me dirijo a la sala común, donde el llanto de la viuda empeora. La abrazo con tiento y le explico la situación. Ella, turbada, me pide que dé parte a la prensa de lo sucedido. Salimos tomados del brazo; los reporteros esperan.

—¿Qué tiene sobre el caso Boiato? —se escucha una bruma.

—La familia solicitó nuestro servicio para considerar, desde el punto de vista de la literatura, la muerte del maestro Boiato. Ésta requiere de un estudio profundo, pero las primeras investigaciones arrojan que se trató de un suicidio. Ordenaré que se traslade parte de su obra a mi oficina con la intención de buscar un posible esclarecimiento, literario, por supuesto. Enseguida vendrá la Sociedad de Escritores Muertos, se leerán algunos escritos y se dará fin a la vida del maestro. Yo estaré en contacto con la viuda permanentemente para informar mis avances. Norberto Boiato no se ha ido, estará por siempre en nuestra memoria. Hoy las letras se visten de luto. El Departamento de Asuntos Literarios trabaja en beneficio de los escritores, incluso poetas. Buenos días.

Los reporteros lanzan nuevas preguntas que ignoro con profesionalismo. Beso la mano de la viuda y salgo del lugar entre empujones y aplausos.

De regreso, me detengo en una librería, donde pido las *Obras incompletas* de Boiato, que se venden como pan caliente.



Sin título (detalle), de la serie *Piel interior*, lápiz, tinta, hilo y papel japonés, 30 × 21.7 cm, 2015

Día 2

Llamo a la viuda para saludarla. Está muy bien. Sola y sin consuelo, y bien.

Día 3

Sigo con la investigación. Agoto primero los artículos electrónicos sobre Boiato. *Wikipedia*, *Frases para el alma*, *De escritores y habladores*, etcétera. Conceptos como transficción o ficción compartida me aturden. Luego de varias horas, copio en mi libreta: “La transficción fue descrita por Boiato como el vacío por el cual elementos de una literatura ajena pueden atravesar las barreras diégeticas en un relato o novela. Es decir, se trata de los lugares de indeterminación que son llenados con otras historias, pues éstos las potencian y las posibilitan.”

Me carga la chingada.

Llamo al comandante, le hago saber que la investigación va viento en popa; después, a la Sociedad de Escritores Muertos, pero no responden; por último, a la viuda. No entiendo cómo Boiato, encerrado en sus juegos ficcionales, ignoró las redondillas y las silvas de esta mujer. Al fin agendo una cita con ella para esta tarde. Emprendo el camino.

Cuando un escritor muere, el Departamento está obligado a ofrecer sus servicios para el esclarecimiento literario de dicha muerte. Con el tiempo hemos perdido presencia, pues los familiares no aprecian nuestras interpretaciones. Poco a poco nos convertimos en un departamento que soluciona casos de tipo metalingüístico, es decir, de presencias extrañas en las diégesis de otros.

Sólo el comandante, González, Lutver y yo quedamos de una nómina que alguna vez contó con más de cien investigadores. El gobierno se ha encargado de no prestarle atención a lo que en su momento llamaron “la búsqueda de fantasmas en la mente del escritor”. Primero, eliminaron toda la sección de poesía. A decir verdad, yo mismo la creía prescindible. De vez en cuando nos caen asuntos poéticos; el comandante, con mayor tiraje, suele hacerse cargo de ellos. El Departamento de Prosa, antes llamado así, en el que se incluía biografía, autobiografía, ensayo, etcétera, pasó a ser el único departamento. La Sociedad de Escritores Muertos absorbió los apoyos más jugosos del gobierno. Se encarga de montar una faramalla alrededor del escritor, que termina con creces, pues éste se cubre de gloria y su obra asegura un lugar en este mundo de ficción. Por ello no entiendo la muerte de Boiato. Se trataba de un autor con algo de renombre, citado más de una vez en los coloquios de literatura escapista y esas cosas.

Arribo a la casa del finado, las multitudes se han ido. Esta vez la viuda me recibe entre hojas amarillentas.

—Lamento no haber estado en la ceremonia, sigo trabajando en el caso —digo.

—Pierda cuidado. Gracias por su dedicación y tiempo.

—Veo que tomó en serio mi recomendación de reunir la obra varia del maestro.

—Así es, ya casi terminan los muchachos.

Veo a los “muchachos” y advierto que uno de ellos, de sonrisa dibujada, lee de arriba abajo a la viuda. “¡Maldito oriental!”, musito.

—¿Disculpe?

—Nada, pensaba —apresuro.

—¿Qué nuevas tiene de Norberto?

Esa forma de llamarlo, tan familiar, me desconcierta.

—No mucho. Por eso estoy aquí. Debo hacerle unas preguntas para complementar la investigación. Estoy en espera de los escritos del maestro y reviso con calma su obra. Pero, dígame, ¿usted cómo sigue?

—Mejor —apenas responde.

—Debe respirar otros silencios —le digo—, la invito a tomar un café.

Vamos a Nota al Pie, un pequeño establecimiento de luz tenue, apartado de toda suspicacia. Dos cafés acompañan nuestra plática. Primero la cuestiono sobre su relación con Boiato.

—Al principio —responde ella—, el oficio de Norberto no le exigía estar encerrado todo el tiempo. Luego prefirió las noches para hacerlo. Cuando sus labores de escritor lo absorbían hasta el amanecer, me dejaba un ramo de flores frente a la cama, quizá como una manera de pedir disculpas por su ausencia. Con el tiempo, este hábito se disolvió. Dejó de ser, digamos, cariñoso. Se encerraba en la biblioteca, sin importar la hora, y me prohibía entrar.

—¿Y cómo se dio cuenta de la muerte del maestro?

—Desperté a media noche. Norberto llevaba todo el día en la biblioteca; salió a tomar un poco de licor, pero nada más. Estaba oscuro y noté que la luz persistía. Decidí entrar, y lo encontré tendido en el suelo. Llamé de inmediato a los reporteros y a su Departamento.

Esta vez ahoga el llanto, pero se ve destrozada. Envidio a Boiato: hasta en la muerte tiene el cuidado de esta mujer.

—Resignación —digo—, resignación.

—Aunque debo confesar —dice con algo de rencor—

que ya no era el Norberto que conocí. Antes, hasta poeta; después, ni un solo verso dedicado.

Me pierdo de nuevo en esos ojos negros que gotean tinta.

—¿Sabe de alguna obra inconclusa? —trato de distraerla.

—No. Más bien, no lo sé.

—Qué extraño. Revisé la obra del maestro y no tiene publicaciones recientes. Y ahora me dice que solía refugiarse por horas...

—Es verdad —interrumpe con tono desprotegido y solitario.

Bebo mi café y pienso en Boiato. Una mujer sin ripios y el maestro en la biblioteca. No comprendo. Boiato debió tener una razón más poderosa...

—¿En qué piensa? —interrumpe la viuda.

—No sé cómo lo vaya a tomar, pero pensaba en usted, y en el maestro, claro —confieso.

—¿En mí?

—Sí, me preguntaba por qué el maestro recurrió al encierro cuando, lo diré con todas sus letras, tenía frente a sí una obra magistral.

Nos quedamos callados. Por un momento, creí que la confesión había sido un poco impertinente, demasiado explícita como para no comprender el cuerpo del texto.

—¿Puedo confesarle algo? —pregunta.

—Claro.

—Me parece que es un buen hombre y que lleva a cabo su trabajo con total entrega. ¿En verdad cree eso de mí? —cuestiona con algo de vanidad.

—Por supuesto. A juzgar por estos días, eres... —aprovecho el momento para usar la segunda persona.

—Dime cómo soy —acepta y apresura—, no tienes de qué avergonzarte.

—Tu cuerpo niega los ripios, cada palabra es un acierto que lo adorna. Tus cabellos son redondillas que se precipitan como un signo al vacío de tu espalda. Una silva luce tu figura, de versos medidos y rimados, no por una mano prodigiosa, sino por una boca que anhela paladear-te una y otra vez, como un ritmo que se aferra a la memoria.

Sonríe.

—No puedo aceptar tantos halagos.

—Son verdades —arguyo.

—No hay verdad en la ficción.

—Además, inteligente —agrego.

La viuda toma mi mano. Correspondo el gesto.

—Me siento mucho mejor ahora —dice.

—Idem —confirmando.

Día 4

En el Departamento de Asuntos Literarios, motivado. Consulto el último volumen de la obra de Norberto y veo, en el índice, un texto que leí en la Academia hace años, cuando la idea de investigador literario era divertida y hasta prometedora, cuando la inteligencia se asociaba a la acumulación de libros, aun sin leerlos. El ensayo es “Transficción, transmigración, transgénero”, desterrado después de su obra canónica, pero recogido por la Academia, que busca la chismoliteratura y la pluralidad. Aborda Norberto el concepto de ficción como: a) imitación de algo y, por extensión, copia; b) fingimiento de un rasgo, hasta de una vida, y, por extensión, falsedad.

Con base en ello, se centra en el estudio de los personajes para ejemplificar cada concepto. Señala que un personaje puede ser transfuncional cuando éste pasa de una diégesis a otra. Critica con ahínco a los autores de fórmulas; es decir, aquellos que repiten una y otra vez rasgos, escenas, incluso tramas, cuyo protagonista es el mismo personaje, pero con otro nombre.

Dedica enseguida largas páginas a la apología de los personajes fantásticos —esos que nuestra literatura ha desterrado con acierto— frente a muchos de nosotros, a los que Boiato denomina “irreales”. Transcribo un párrafo:

No sin maestría y letargo, algunos escritores describen copiosamente las circunstancias de sus personajes. Abundan, así, en acciones y rasgos que, en lugar de dibujarlos, terminan por borrar con excesivas palabras su rostro. A este tipo los denomino “irreales”. Por otro lado, hay personajes, cuya naturaleza se plantea desde un inicio como fantástica, pero que no dejan de lucir en la trama. Los fantasmas, por ejemplo, carecen de una concreción en el relieve de la escritura, no así del significado. Prefiero estar frente a un fantasma carente de gestos, que a una mujer bordada palmo a palmo con signos inútiles. (Boiato, II: 69)

Las aseveraciones me parecen escalofriantes. De todos los indefinidos, los fantasmas tienen ventaja. Siempre ocultos en el espacio de la narración, develados sólo por breves marcas: a veces un nombre, otras algún efecto secundario, muchas más bajo la mirada de un tercero. Nunca me cayeron bien. El mismo jefe, avezado en las argucias literarias, desdén a estos pseudopersejajes. Ahora entiendo por qué se trata de un volumen marginal

Sin título, de la serie *Piel interior*, lápiz y tinta/papel japonés, 30 × 21.7 cm, 2015



Sin título, de la serie *El dibujo sin ti*, estilógrafo/papel,
14.1 × 21.7 cm, 2011



en la obra de Norberto, de esos que los no menos desdibujados testistas presumen a la hora de escribir sus proyectos. Señala después Norberto que el concepto de trans migración parte de la naturaleza fantasmagórica de algunos personajes, pues ellos, capaces de cruzar muros y puertas, ven con entera cotidianeidad el paso de una diégesis a otra. Norberto admite una ventaja de este tipo de personajes frente a otros. Es así como arremete sobre su naturaleza de personaje en largas y lentas líneas, eso que suelo llamar de manera pleonástica, no sin reprimenda del comandante, máculas filosóficas.

Pertenezco al segundo tipo [irreal]. Para quienes llevamos tal marca en la frente, precisamos de una migración con el único fin de que la literatura continúe. Los personajes, si la costumbre del escritor así lo permite, pueden mudar de un texto a otro, de un género a otro. El sentido no está en sus rasgos particulares, sino en las propias palabras que le dan sentido. (Boiato, II: 71)

Finalmente, el concepto de “transgénero” se sustenta en la propia experiencia del personaje, en la posibilidad narrativa de que éste no sólo pueda mudar de historia,

sino de género... En esto ando cuando llega González, con fiscolibros bajo el brazo.

—¿Cómo va lo de Boiato? —pregunta.

—No me quejo. ¿Y tú? Supe que seguías con el asunto del plagiarlo.

—Sí, el comandante me asignó el caso de un escritor que copia hasta los artículos de *Reader's Digest* y está a punto de obtener un premio de una institución respetable. El asunto iba bien, hasta que aparecieron los abogados de la Sociedad de Escritores Muertos. Mañana será el veredicto.

—Está de moda decir que las palabras son de todos, así como las ideas —arriesgo.

—Pues los Muertos dicen que son tuyas. Creo que quieren implementar un impuesto. En fin. ¿Qué sabes del jefe? —dijo resignado.

—Hace días que no lo veo. Escuché por ahí que el asunto lo llevamos perdido. Y ahora con la presión de los Muertos no me extraña. La Cámara asegura que cualquier elemento narrativo importa más que los personajes, hasta un narrador.

—¡Hijos de *Best Sellers!* —increpa González.

—¿A dónde vamos a parar?

—Por cierto, recibí una llamada de Lutver. Dice que estará con nosotros en unos días. Envió su informe para que el comandante lo presente lo más pronto posible. Aquí está el sobre. ¿Puedes encargarte de esto?

—Seguro —respondo.

González se despide. Antes de dejar el informe en el escritorio del comandante y descansar algunas horas, decido echarle un ojo: siempre me ha gustado el estilo de Lutver.

La historia del duque de Luc

A la muerte de su sirviente, el duque de Luc ordenó tirar los objetos de su habitación que le recordaban a su amado mayordomo: la tina de baño, los jabones de jazmín que tanto preferían, los espejos, las sábanas que fielmente traducían su silueta. Pero su recuerdo era tan vivo que a veces lo veía en la biblioteca o frente al jardín. Abrumado por las alucinaciones, hizo quemar las pinturas que retrataban el talle y los labios, y los libros que sabía de memoria y los poemas escritos en su honor y los adornos del castillo que habían comprado en sus largos viajes por el mundo y los juguetes de los hijos que nunca hubieran tenido. Cuando ya nada quedaba, cuando el vacío era tan grande como los corredores y los salones, el duque lloró tanto que su cuerpo se disolvió en lágrimas y no fue más que un personaje devenido en fantasma encerrado en muros inútiles.

Salió entonces un día de las fronteras de sus dominios en busca de objetos que llenaran los huecos de su vida. El palacio, en apenas unos meses, estaba habitado por sillas, comedores, camas, cubiertos, velas, manteles, sábanas de diferentes colores, pues eran de diferentes hogares. No pregunte el lector cómo fue que el duque consiguió todo esto, basta con decir que su calidad de fantasma facilitó las cosas. Tras cubrir los huecos del palacio, emprendió la búsqueda de un nuevo mayordomo, con la intención de cubrir ese otro hueco que el tiempo y la soledad habían dilatado. De intentos fallidos estuvieron plagadas sus noches, hasta que un día, desvelado por la ficción, encontró a un

hombre angustiado por su condición de personaje. Al principio lo vio encerrado en su biblioteca, con las ventanas y cortinas abiertas y una vela infinita. Después nutría sus noches con apariciones y murmullos. Terminó por internarse en su vida hasta discutir con él sobre los temas más diversos de la literatura. Las letras eran mero pretexto para chorrear no sólo tinta. Es justo decir que ambos quedaron embelesados por los encantos del otro. Con el tiempo, el hombre irreal se ofreció como su sirviente sin importar el género o los límites impuestos por su creador, con la condición de compartir con el duque los tiempos venideros.

Día 5

Suena el teléfono. Me doy cuenta de que estamos en el nudo de la historia y yo con la hoja en blanco.

—Kabir, encontré una nota. —Es la viuda.

—Buenos días —digo somnoliento.

—Se trata de un poema que Norberto le dedica a un tal Luc, a su “amado Luc”.

—¿Cómo?

—Estaba preparando tu habitación y encontré un poema de amor que le escribe Norberto a un monarca o algo así. ¿Sabes algo al respecto?

—¿El duque de Luc? Por supuesto —digo con algo de soberbia.

—¿Qué sucede?

—Voy para allá, después te explico. Por favor, cita a una conferencia de prensa. En unas horas estaré contigo.

Maestro del engaño, de la ficción, de la simulación, éste es Boiato. Clausuró su vida para no dejar escapar el

verdadero significado de sus palabras. Llevó a la práctica sus postulados, acaso para encontrar un mejor destino, narrarlo como él hubiera querido. Lo demás fue ficción. Luc representó para él un nuevo comienzo, una nueva naturaleza.

Llamo al jefe.

—¿Qué pasó, Kabir? Estoy ocupado —dice.

—El caso Boiato está resuelto, jefe. En unas horas ofreceré una rueda de prensa.

—Me alegra escuchar buenas noticias. Los políticos presionan.

—¿Me acompañará? —pregunto.

—¿A la rueda de prensa? No puedo, sigo en la Asamble.

—Entendido.

—Sin embargo, espero tu informe a primera hora.

—Así será, jefe. Hasta pronto.

Apenas cuelgo el teléfono, tomo mi gabardina y mi sombrero, me dirijo a la estación de trenes y abordo el primero con rumbo al sur. El mundo está plagado de signos, sin relieve, sin espesor, ¿pero devenir en fantasma? No podré revelar completamente mi hallazgo, al menos no si quiero conservar a la viuda. El Departamento necesita finales felices, no nuevas investigaciones que retarden la última página.

Pienso que quizá Boiato se sentía borroso, a punto de extinguirse apenas surgido, y además sin poder ofrecer su amor. Quizá esto lo orilló al suicidio con la esperanza de que su figura desdibujada adquiriera mayor relevancia en otra diégesis, en otros brazos. Con suerte, un hombre llegará a ser un personaje, aunque parezca imposible que un personaje aparente ser hombre. Quizá un personaje pueda escribir lo que un hombre no. Podrán decir que los hombres son más complejos que los

personajes, pero estos tienen menos límites que aquéllos. Quizá Boiato esté en mejores páginas ahora.

Llego a la casa de la viuda. Reporteros, personajes incidentales y un par de representantes de los Muertos esperan. Antes de salir al jardín, donde dictaré mis conclusiones, me adentro en la casa y beso desafortadamente a la viuda. “Te veo al final del texto”, musita. Sonríe. Tomados del brazo, salimos a la conferencia de prensa.

—Hace unos días, el Departamento de Asuntos Literarios —comienzo— fue notificado del hallazgo de los restos de Norberto Boiato. De inmediato asistí al lugar de los hechos. En la biblioteca se identificó al citado escritor.

“Los resultados de la investigación revelan que el escritor Norberto Boiato se suicidó en la búsqueda de nuevas y mejores oportunidades como personaje, así lo demuestran sobre todo sus textos ensayísticos, en los que establece la posibilidad de mudar de un género a otro. El maestro Boiato ha sido fiel a sus escritos, al grado de llevar hasta las últimas consecuencias cada una de sus líneas. Conceptos como transficción y transgénero marcaron la línea literaria, primero, de su obra, después, la de su vida. Pero no lloremos más por él, acaso el maestro Boiato nos lee desde otra diégesis, acaso nosotros podemos encontrarlo en una nueva novela o un cuento.

”El Departamento de Asuntos Literarios trabaja para ustedes. Muchas gracias.”

Día 6

Lutver regresa, González gana el juicio, el comandante dice que los políticos, luego de los lectores obtenidos, aumentarán el presupuesto de nuestro Departamento, y yo escribo estas páginas desde la habitación de la viuda. ●



Kepler

Marco Antonio Toriz Sosa

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

A Daniel Sosa, Luis Mejía y Noemí Vega

*[...] es evidente que la verdad puede ser
más extraña que la ficción.*

Edgar Allan Poe, *Von Kempelen y su descubrimiento*

México, D. F., 20 de julio de 2014

Asunto: Invitación para ceremonia religiosa

Detective Lucio Magrebí C.:

Presente

Quiero, por medio de la presente, hacerle una cordial invitación para que, de ser posible, asista a la ceremonia religiosa que se efectuará en mi casa —su casa—, en la calle Colmena no. 34, usted sabe dónde. Dicha misa se realizará en honor a mi padre que, como usted sabe, desapareció hace ya algún tiempo. De igual manera me gustaría comentarle algo con respecto a ese tema, estoy seguro de que le interesará.

Sin más por el momento, y esperando su presencia, quedo de usted,

C. Franco Arizábal Reséndiz

México, D. F., 26 de julio del presente año

Lucio Magrebí C.

Detective del Departamento de Casos Abiertos

INFORME CONFIDENCIAL

La fuente, de carácter hemerográfico, en donde pude constatar por mis propios medios las palabras de Arizábal Reséndiz (quien fuera el propietario original de la ya extinta librería El Parnaso de Coyoacán y quien, amistosamente, me habló del Doctor Hans Kepler en una charla que, en mi opinión profesional, me incitaba indirectamente a

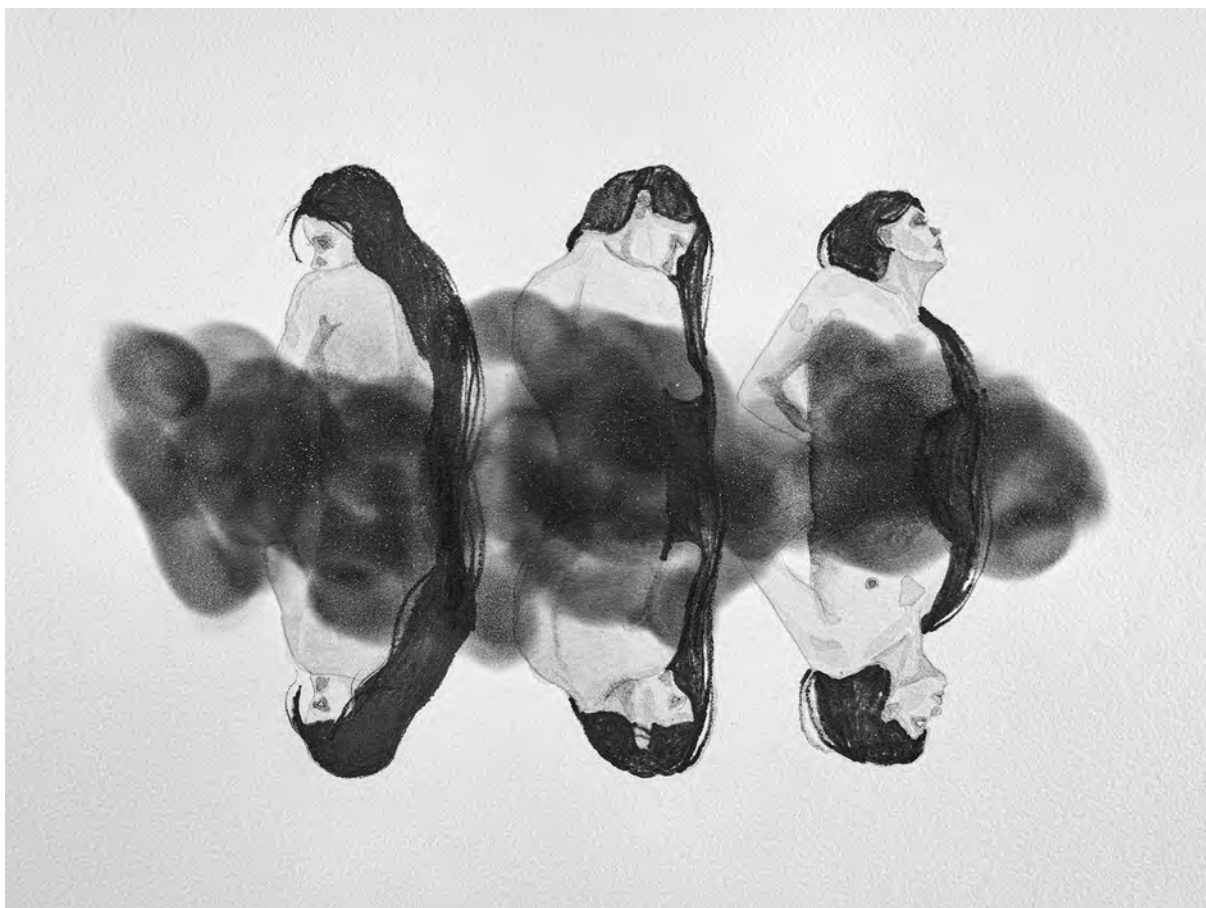
Marco Antonio Toriz Sosa (Estado de México, 1996). Estudiante de Lengua y Literaturas Hispánicas en la Facultad de Filosofía y Letras de la UNAM. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y la Universidad Veracruzana en el séptimo curso de Creación Literaria. Cultiva el género fantástico y policíaco. Actualmente trabaja en un compendio de cuentos.

tomar el caso de la desaparición de su padre sin saber lo que esto acarrearía posteriormente —charla sugerida en casa, durante una misa celebrada por el aniversario “lucutoso” de la desaparición, hace aproximadamente un año—) fue la revista *Alquimia Moderna*: un fanzine de la primera mitad del siglo XX en donde el ya nombrado Doctor Kepler publicó, de forma manuscrita y como una copia fotostática —pues, como se lee en una nota a pie de página, no era de su agrado que el texto original fuese transcrito por una máquina de escribir ni que terminase siendo un vulgar linotipo—, un ensayo sobre la nueva concepción de la Inmortalidad.

En palabras del propio Doctor Hans Kepler, las cuales transcribiré para mayor precisión informativa, a pesar de la cerrada y compleja caligrafía que me fue muy difícil de descifrar a primera instancia: “la Inmortalidad se encuentra solamente a un paso del hombre: su desmesurada inconsciencia por la vida animal, como un ser ajeno y en exceso menos trascendente, le es entregada como un don [...] el hombre puede hallar, en la muerte de algún animal, la vida eterna por medio de un par de procesos químicos de extrema simplicidad, los cuales enlistaré a continuación [...]”.

Bastó que leyera dicho ensayo para darme cuenta de que éste era un texto un tanto distinto de lo que un gran hombre de ciencia, con un enorme conocimiento dentro de su campo, pudiera escribir. Así, pues, basándome en mi experiencia de veinte años sirviendo a la nación siendo detective, intuí, al grado de afirmarlo, que el texto no estaba dispuesto para su publicación; sin embargo, hasta ese entonces desconocía las razones que orillaron al Doctor Hans Kepler a publicar de manera tan pusilánime un ensayo de tal magnitud dentro del campo científico al que pertenece. Las causas se descubrieron un poco después, con la continuación del caso.

Curiosamente, en el ejemplar de *Alquimia Moderna* que me fue otorgado por el C. Julio Paredes Rosas (honorable miembro de la Biblioteca de Santa Lucía) para realizar un análisis riguroso en torno al trabajo del Doctor Kepler cuando el caso fue abierto, el fragmento del manuscrito que contiene las anotaciones para la “Inmortalidad” se encuentra rasgado e ininteligible, como si alguien lo hubiese intentado arrancar de tajo y con extrema rapidez. Podría afirmarse que esta acción se realizó con la premura de alguien que está por ser descubierto en un acto ilícito, pues el texto no fue extraído de la forma correcta, dañando así el ejemplar y dejándolo inservible para su póstuma lectura.



Sin título, de la serie *Piel interior*, lápiz, tinta y humo/papel japonés, 21.7 × 30 cm, 2015

Partiendo de este inconveniente —la futilidad del texto y la escasa información sobre el trabajo del Doctor— me di a la tarea de investigar de lleno al Doctor Hans Kepler y su casi difuminada biografía. Los datos que dicha investigación arrojó fueron los siguientes, evidentemente escasos, como mencioné con anterioridad: Hans Kepler, hijo de alemanes protestantes, Doctor en Ciencias Aplicadas por la Universidad de Colonia, llegó a México a principios de los años cincuenta en un trasatlántico sin nombre, originario de Heidelberg, Alemania. Se cree que por allá de 1951. En ese entonces tenía ya cuarenta y seis años cumplidos. Publicó su primer tratado de alquimia moderna — de título “*Einleitung für ewiges Leben*”— en una revista científica de la época: la ya discontinuada *Ciencia Hoy*, en el año de 1953; el único texto suyo que mi oficina pudo rastrear usando los métodos básicos de investigación documental. El tema de dicho tratado era, justamente, como explica su título: “Introducción a la vida eterna” (por su traducción al español), un indicio de lo que *a posteriori* trataría aquel ensayo sobre la “Inmortalidad” que publicaría años más tarde

en *Alquimia Moderna*, por allá del año 1962, texto que me fue proporcionado, como ya había mencionado, por el C. Julio Paredes Rosas, frecuente colaborador de mi oficina en casos anteriores. Siguiendo con la investigación en torno al Doctor Kepler, descubrí que su rastro se perdió justo después de la publicación del manuscrito de 1962. Sólo tuvo una aparición más, de manera indirecta y no presencial, en donde fue mencionado como referencia hemerográfica: la ponencia “La Alquimia como palíngenesia”, del catedrático de la Universidad de Colorado Max Andersen, quien remitió en su bibliohemerografía al Doctor Kepler, para sorpresa de muchos eruditos del tema.

Aunado a este sucinto pasaje, el compañero Arizábal Reséndiz, quien luchaba por levantar su librería de una crisis económica que al final no logró evitar, extrajo de lo más profundo de su ático un par de libretas que, aseguraba en un inicio, pertenecieron al Doctor Hans Kepler y que llegaron a él por cuestiones que prefirió callar entonces, algo que consideré de respeto. Un colega de la División 66, a la cual pertenezco, se encargó de hacerlo hablar a través de métodos poco estoicos que no serán relatados por respeto a su imagen de buen colaborador y hombre de palabra, sin mencionar la gran amistad que tenemos desde hace varios años. Al final, Arizábal Reséndiz declaró que las libretas realmente no pertenecieron al Doctor Hans Kepler, sino a su padre, el Doctor Franco Arizábal Cormillot, quien fuera un frecuente colaborador del Doctor Kepler en un par de experimentos de suma importancia.

Las libretas fueron remitidas directamente al laboratorio de la institución, con la finalidad de ser examinadas en su totalidad. Un día después, el Doctor Cabrera Fuster informó que los únicos componentes hallados en ambas tapas fueron escasos rastros de arsénico y cal. Luego del análisis químico fue que dichas libretas llegaron a mis manos, y pude revisar con suma detención a cada una para verificar su contenido. Relato a continuación mis descubrimientos:

En la primera libreta (la que constaba de cincuenta y nueve páginas de grafías irregulares escritas con bolígrafo por ambos lados) se relata, de manera muy detallada, la forma en la que el Doctor Kepler y el Doctor Arizábal Cormillot, padre de Arizábal Reséndiz, destinaron gran parte de su tiempo a la búsqueda de animales muertos, en su mayoría perros, en las calles del Centro de la Ciudad de México. La libreta narra, aproximadamente, un par de meses; sin embargo, la narración no es terminada de

manera concisa. El texto termina, más bien, como si hubiese sido cortado de tajo, un texto inconcluso en el que el Doctor Arizábal Cormillot dejó de relatar por razones desconocidas. Especulo que fue poco más de un año el que dedicaron a esta colecta. Este recaudo de fiambres se relaciona con los hechos que he de relatar más adelante.

Al examinar la segunda libreta hallé el texto íntegro del Doctor Kepler (el que fuera publicado en *Alquimia Moderna* en el año de 1962), ocupando, al igual que en la edición del fanzine, seis páginas exactas. Algo que también fue causa de estupor para mí, fue el hecho de que, en la parte destinada al listado —que resultó ser un decálogo— de acciones para alcanzar la inmortalidad a través de animales muertos y procesos químicos, se hallaba lleno de borrones, *ergo*, era un texto ininteligible. En la continuación de los apuntes de Arizábal Cormillot había un sinnúmero de páginas en blanco; sin embargo, una veintena de hojas después hallé el siguiente texto a medio terminar escrito con un rotulador carmín: “La antropofagia es el verdadero amor por el hombre”, fechado en 1987. Después de comparar la caligrafía con los textos de Arizábal Cormillot, descubrí que la letra pertenecía al Doctor Hans Kepler. El texto fechado data de una época en la que el Doctor Hans Kepler tenía ya ochenta y cuatro años y Arizábal Cormillot llevaba cuatro años desaparecido.

Al día siguiente, cuando regresé a mi oficina, comencé a hojear la segunda libreta de manera indiferente (un poco para matar el tiempo), y descubrí algo de mayor relevancia: el texto antes citado escondía algo más, pues la página en la que se hallaba escrita la sentencia era de un grosor disímil al resto de las páginas, cosa de un par de milímetros. La página era, más que una hoja común y corriente, una fotografía muy bien encubierta del Doctor Kepler, quien parecía ser un hombre de tez blanca, casi albino, de cejas pobladas y pestañas largas, ojos claros de un verde azulado, una cabellera desmesurada y un aspecto considerable, quizá de unos dos metros de alto o menos, delgado, de espaldas anchas y sonrisa etérea. Usaba una bata blanca y guantes. El fondo de la fotografía mostraba una suerte de laboratorio en donde se podía observar, en la esquina inferior derecha, cerca de la mano enguantada del Doctor, un crisol y un par de tubos de ensayo. El lugar lucía esmeradamente descuidado y con exceso de moho en una de las esquinas. Este lugar no fue en donde acontecieron los hechos siguientes, al parecer.

Después de un tiempo, el caso del Doctor Hans Kepler y el desaparecido Doctor Franco Arizábal Cormillot dejó de ser una prioridad. El Señor Arizábal Reséndiz, principal aportador económico, al perder su librería en una subasta realizada por la Secretaría de Hacienda, dejó de aportar los medios económicos para la investigación. Así es como el caso quedó relegado. El expediente fue resguardado en la gaveta designada para los asuntos sin fondos y, posteriormente, al igual que muchos otros expedientes en los que he estado inmerso, olvidado. Sin embargo, el hecho que aconteció recientemente, un par de años después de dar por olvidado el caso Kepler-Cormillot, fue una denuncia anónima. Procedo a relatar los hechos.

El denunciante, cuyo nombre prefirió callar, había informado a la policía sobre un típico asunto de los llamados “malos vecinos”. El caso llevaba cerca de dos meses sin atenderse (algo típico en la Policía de la Ciudad). Así fue como llegó a mis manos. Me interesó dicho caso, no por lo que representaba, sino porque, una vez más, como he mencionado en repetidas ocasiones, mi intuición me decía que algo importante ocurriría.

Al acudir al lugar, un complejo de apartamentos aledaño a la Plaza de las Tres Culturas en Tlatelolco, delegación Cuauhtémoc, atendimos la denuncia: los vecinos se quejaban de malos olores. “Un olor como de muerte”, aseveraban los vecinos y testigos. El denunciante, quien resultó ser el dueño de dicho edificio, prefirió no indagar más en el asunto y nos dio completa libertad para darle solución. Justamente, al acercarnos al apartamento 36-B, el apartamento en cuestión, comenzamos a sentir aquel aroma enervante. En efecto, dicha buhardilla expelía un “aroma a muerte”, pero, más allá de eso, era un aroma picante, como a formol. Mi compañero, el Comandante Felipe Trujillo, llamó a la puerta tres veces sin recibir respuesta. Un día después



Sin título, de la serie *Piel interior*, lápiz y tinta/papel, 30 × 21.7 cm, 2015



Sin título, de la serie *Piel interior*, humo y papel japonés, 30 × 21.7 cm, 2015

asistimos con una orden de cateo expedida por el Ministerio Público de la Delegación. Eran cerca de las dos de la tarde. Al no recibir respuesta, resolvimos derribar la puerta. Procedo a relatar lo descubierto dentro del apartamento 36-B del Edificio Mascarones.

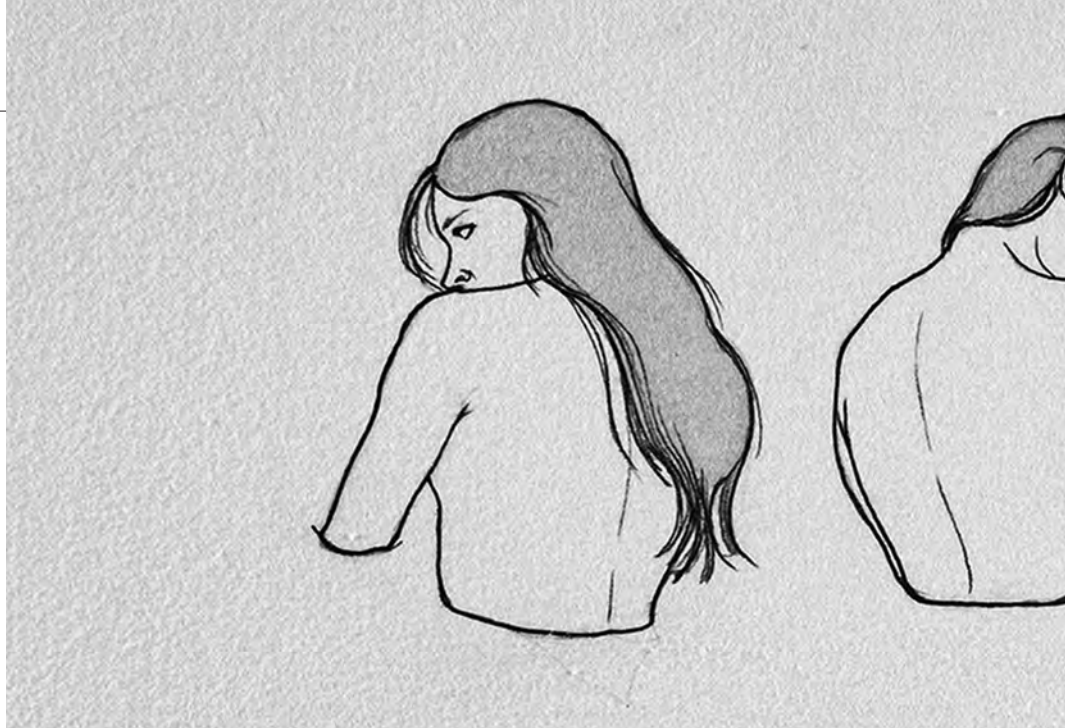
Al momento de entrar no se halló, a simple vista, otra cosa más que aquel aroma enervante de lo que, según mi instinto, que estaba en lo correcto, resultó ser formol. Sin embargo, al internarnos poco a poco, descubrimos un promontorio hecho de cuerpos desmembrados de animales (unos veinte, aproximadamente). Había varias piezas entre piernas, cabezas y tripas. Se hallaban mal cubiertos, como apresuradamente, con una lona desgastada. Eran, en su mayoría, cadáveres de perros atropellados y gatos tiesos; había también un par de gallinas descabezadas de las que son frecuentemente halladas fuera de los negocios, pues se practican actos de santería y brujería con ellas. En las gavetas de uno de los cuartos —el segundo a la derecha entrando en el apartamento— se encontraron, aproximadamente, una veintena de frascos llenos de formol y otros tantos vacíos; había bolsas de cal e instrumental de laboratorio, entre ellos dos crisoles, tres matraces, seis tubos de ensayo, un matraz de destilación y otros cuantos materiales de esa índole, algunos de ellos con sustancias químicas que, hasta la fecha de este reporte, no se han identificado en el Departamento de Análisis Químico. (Más adelante relato lo que, según mi intuición profesional y la declaración

del detenido, podría ser esta sustancia.) En otro de los cuartos, que se localiza al frente de la puerta de entrada, hallamos a un hombre de edad avanzada, de una estatura entre un metro ochenta y dos metros, de cabellera rubia-blanquecina, quebradiza y larga hasta la espalda baja, de cejas pobladas, un tanto quemadas, ojos de tonalidad desconocida, entre azul o verde, facciones añejadas, arrugas excesivas y aspecto desconsiderable. Sus labios lucían secos como la arena, estaba vestido con una túnica rasgada de color azul con un sinfín de manchas. Apestaba. Lo encontramos de pie en una esquina, como ocultándose de nosotros, tan erguido como un gancho. Tenía una especie de botella de vidrio entre sus manos (manos de uñas largas y macilentas, a punto de quebrarse, cabe mencionar), de la cual bebía su contenido: un líquido verdoso y espeso de origen desconocido. Decía llamarse Hans Kepler, tener 119 años y haber hallado la fórmula para la inmortalidad. Fue esposado y llevado a la Comandancia para realizar el interrogatorio. No opuso resistencia.

El caso Kepler-Cormillot fue reabierto a la par de un nuevo caso que respondía a las denuncias por la peste del complejo de apartamentos del Edificio Mascarones. La entrevista declaratoria del Doctor Kepler sobre el apartamento y el Doctor Cormillot fue realizada por mí. Las respuestas del Doctor fueron las siguientes.¹

Pregunté respecto a la colecta de cuerpos animales. El Doctor, sin inmutarse, me explicó que esta colecta la realizaba con la única finalidad de comprobar su teoría sobre la inmortalidad del hombre a partir de la muerte de un animal. Se le mencionó el artículo del fanzine *Alquimia Moderna* y el Doctor no se asombró mucho al ver el texto. Lo declaró como un texto apócrifo. Después de un silencio bastante incómodo, el Doctor procedió a relatar los hechos relacionados con el pasaje del fanzine: según él, ese texto no fue publicado con su autorización. Fue el Doctor Franco Arizábal Cormillot el responsable de la publicación de dicho tratado. Así, el Doctor, al enterarse de esto, no tuvo más remedio que asesinar al Doctor Arizábal Cormillot por atreverse a revelar los resultados de su tan importante experimento. Al cuestionarle dubitativamente sobre el cadáver de Arizábal Cormillot, el Doctor relató detalladamente la forma en la que fue devorando el cadáver hasta eliminarlo. Éstos son detalles que prefiero evitar, por salud

¹ A partir de ahora me referiré al Doctor Hans Kepler sólo como “el Doctor”, a menos que indique lo contrario.

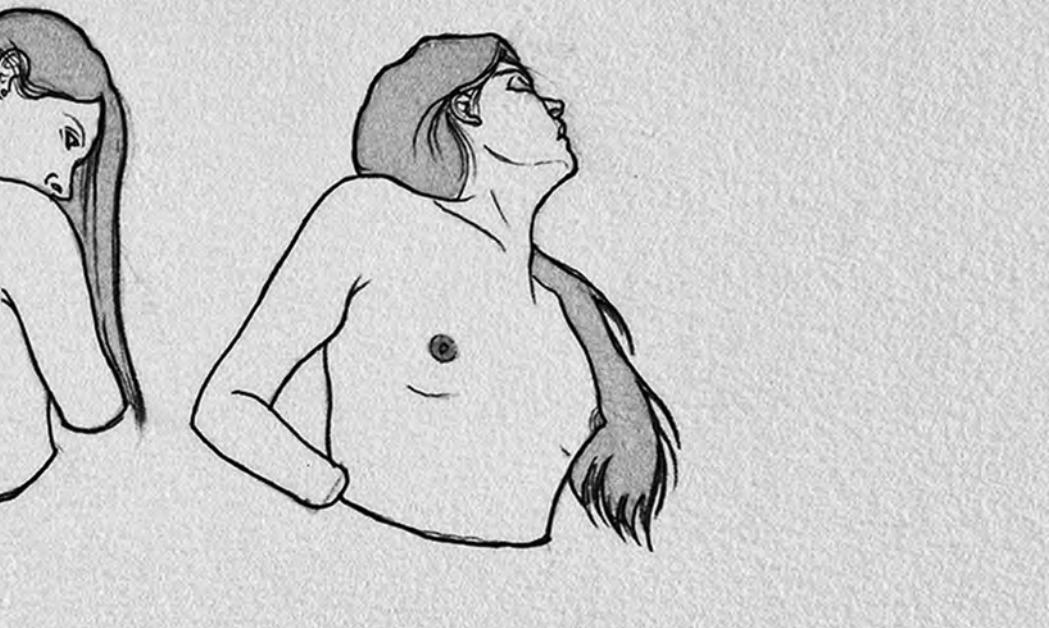


Sin título (detalle), de la serie *Piel interior*, lápiz y tinta/papel, 21.7 × 30 cm, 2015

mental. Dicha acción le demoró un aproximado de dos meses, tiempo en el cual siguió recolectando los cadáveres. La colecta fue un acto realizado con puntualidad constante hasta el día anterior a su detención. Esto concuerda plenamente con la hipótesis que establecí al momento de leer el primer cuaderno. Mi hipótesis era la siguiente: el Doctor Arizábal Cormillot fue asesinado en 1983; pero no fue hasta el año de 1987 cuando el Doctor Hans Kepler asumió su culpa, escribiendo el aforismo antes mencionado, como si con esas líneas quedara exonerado de su crimen: “La antropofagia es el verdadero amor por el hombre”. Se le preguntó si practicó de nueva cuenta el canibalismo. Su respuesta fue negativa.

Las siguientes preguntas que hice fueron referentes a lo que se realizaba después de recolectar los cadáveres. El Doctor explicó la forma en la que, por medio de un proceso de taxidermia básica y síntesis de sustancias, lograba extraer del cuerpo del animal un núcleo heterogéneo del color del ópalo que él denominó, como los viejos alquimistas, la “Piedra Filosofal”, que es capaz, según el Doctor, de convertir el agua destilada en un brebaje macilento que prolonga la vida y “rejuvenece el alma al ser ingerida de manera constante: un litro cada dos días. Debe ser bebido de manera puntual, ni un minuto más, ni un minuto menos”, en palabras del propio Doctor. Estas instrucciones fueron citadas tal como hubiera explicado él mismo en el tratado aparecido en el año de 1962 en *Alquimia Moderna* y, anteriormente, en el manuscrito de la primera libreta revisada por mí y el Departamento, texto incompleto en grafía, pero confirmado por el autor. Al preguntarle por este brebaje, el Doctor no dio respuesta alguna.

Terminada la entrevista se notificó a Arizábal Reséndiz para que acudiera a declarar y reconocer al Doctor Hans Kepler. Arizábal Reséndiz sufrió un desmayo al reconocerlo, pues, aseguraba, tendría que estar muerto, tomando en cuenta las fechas, comentario que, a mi parecer, fue sumamente puntual.



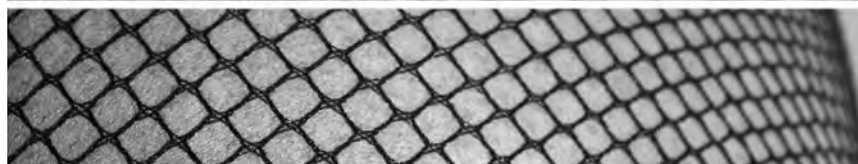
Ambos casos fueron cerrados: el caso Kepler-Cormillot —resuelto en menos de veinticuatro horas, para satisfacción de los implicados—, y el caso del Edificio Mascarones. Al Doctor Hans Kepler, nacido alemán, se le condenó por alteración del orden público y por asesinato en primer grado. Fue evaluado psicológicamente por la Doctora Teresa Luna: la práctica de canibalismo, la retención de cadáveres animales y la obsesión por la inmortalidad lo diagnosticaron como un ser mentalmente inestable. Fue condenado a pasar el resto de su vida en el Hospital Psiquiátrico La Luz, ubicado cerca de la salida a Cuernavaca, confinado a una celda solitaria y declarado altamente peligroso para la convivencia humana. Al ser subido a la camioneta del hospital, el Doctor comenzó a gritar y a llorar. Imploraba que se le diese un poco más de su “Piedra Filosofal”, hecho que fue ignorado por los enfermeros.

Un día después de ser internado, su cuerpo fue hallado en el suelo de su celda, aproximadamente a las 14:23 horas, tiempo aproximado en el que, dos días atrás, fuera arrestado por mí y el Comandante Felipe Trujillo. Los directivos del hospital narran que su cuerpo no era en lo absoluto parecido al hombre que ingresó al hospital unas cuantas horas atrás. Aseguran que el cadáver aparentaba tener más de mil años de antigüedad y emanar un efluvio de descomposición de siglos. Al pedir el cuerpo del acusado para ser analizado y posteriormente enterrado o incinerado, el director del hospital, el Licenciado José de la Asunción Magaña, aseguró que, al intentar levantar el cuerpo, éste se convirtió en polvo para sorpresa de todos. **P**

Horizontes difusos en la peculiar mente de un hombre promedio

Óscar Antonio Martínez Chávez

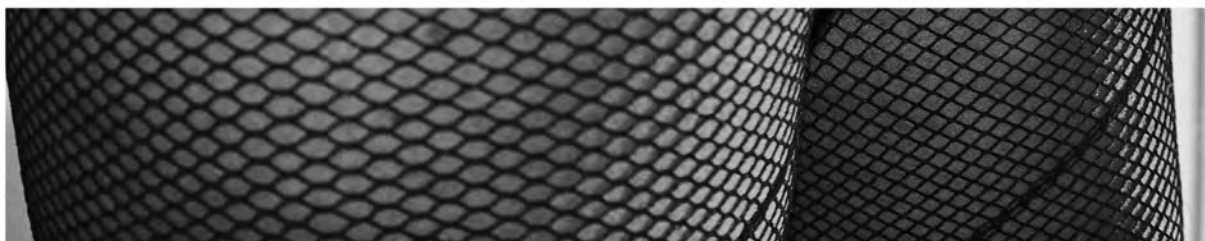
FACULTAD DE ARTES Y DISEÑO-UNAM



Todas las imágenes de la serie:
fotografía e impresión digital,
8 x 10 pulgadas, 2015

Y sólo al tenerte entre mis brazos

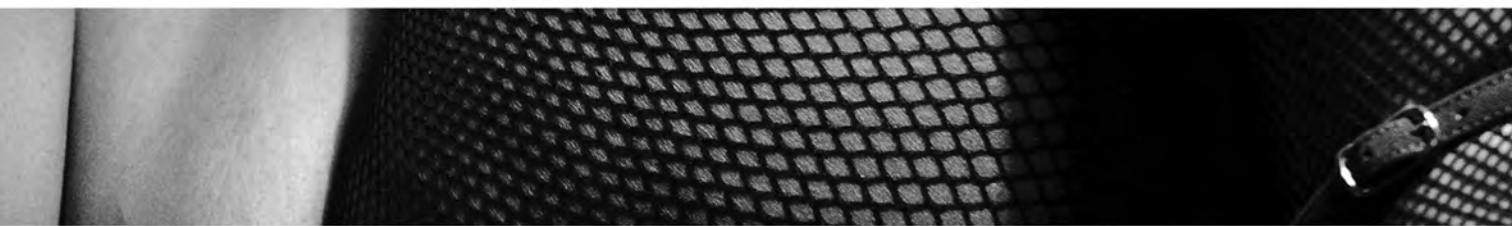
Óscar Antonio Martínez Chávez (Ciudad de México, 1990). Estudiante de la licenciatura en Artes Plásticas en la Facultad de Artes y Diseño de la UNAM. Ha participado en la presentación *Música experimental por computadora*, así como en los talleres Comunicación OSC, MIDI y FFT, Video Reactivo con SuperCollider y Processing, y Arte Electrónico: Entorno Arduino, KiCad y Fritzing (Centro Multimedia, Cenart). Estuvo a cargo del área de comunicación y prensa del proyecto fotográfico *Rostros de Tlatelolco* (CCU Tlatelolco, UNAM). En 2015 impartió el taller Enseñanza de Técnicas de Dibujo con Posible Salida Comercial durante las actividades de las Caravanas Culturales por la Paz y la Democracia (DIF, Xochistlahuaca, Guerrero).



Aquel divino horizonte I



Aquel divino horizonte II

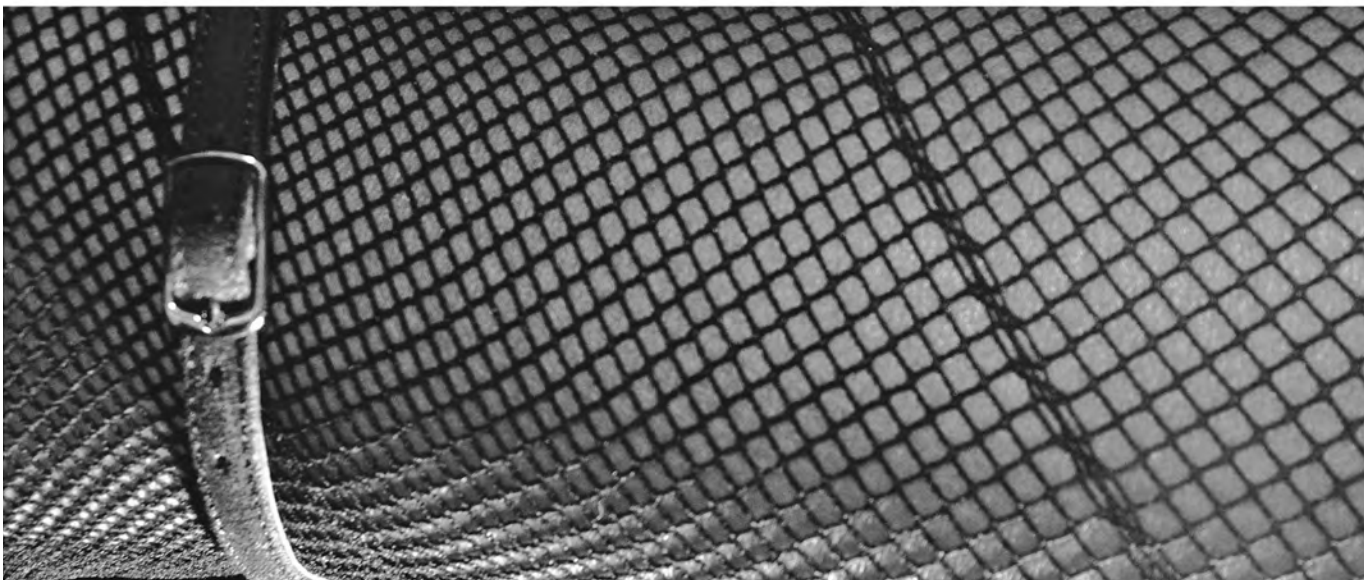
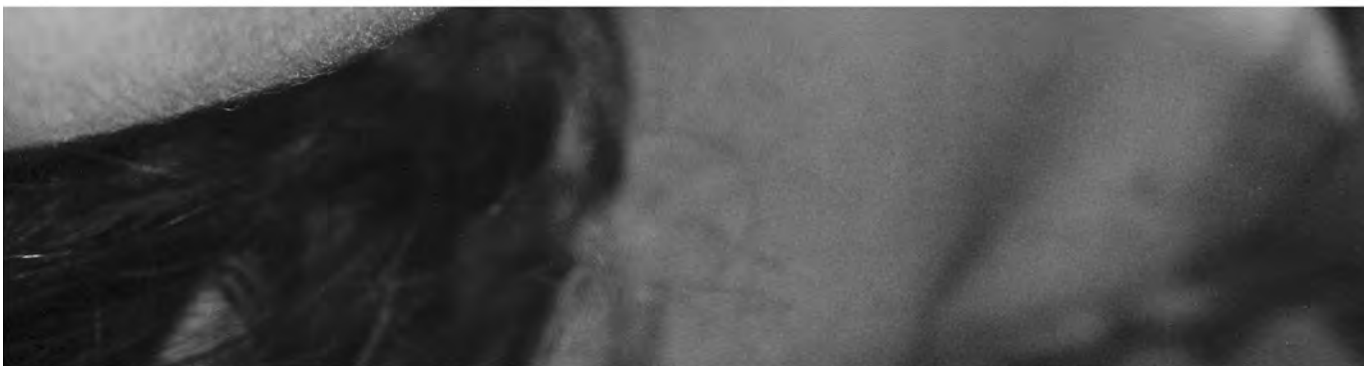


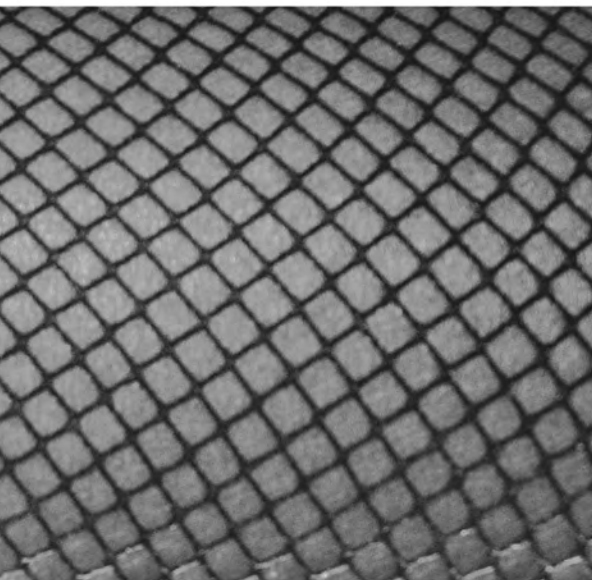
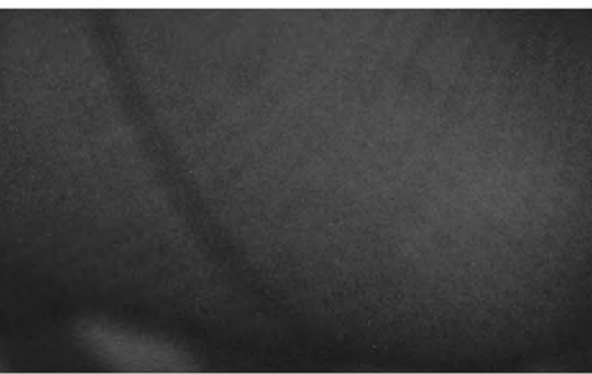
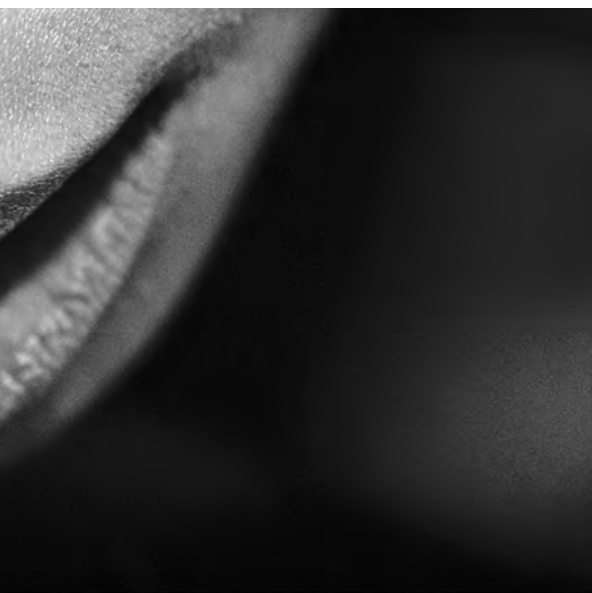


Atardecer fluctuante



El pico más alto es tu rodilla





Ha sido sólo un sueño

Mientras tanto

Diego Casas Fernández

BENEMÉRITA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE PUEBLA

*Porque, en su quehacer de palabra, cada palabra
cuestiona las costumbres de nuestra percepción.*

Cristina Rivera Garza

*[...] encuentros, despedidas, fantasmas del ojo,
encarnaciones del tacto, presencias no llamadas,
semillas de tiempo: destiempos.*

Octavio Paz

Alguna vez me pregunté qué hace Facebook con los perfiles de los usuarios con pocos días de muertos y cuya información (videos, *selfies*, hábitos, historiales, aficiones declaradas, secretos a voces) se encuentra disponible todavía en la red. Imaginaba dicho sitio como una enorme fosa común en cuyo interior abundaran nombres más que cuerpos, rostros anónimos pese a estar ligados a una personalidad manifiesta en el aspecto, en la superficie, en una estampa... Hacía poco un compañero de la preparatoria había fallecido. Su muerte no fue culpa de alguna bala perdida del ejército o del narco; tampoco fue víctima del crimen organizado. Su deceso, en apariencia, fue de lo más sencillo: su padre corría a 150 km/h en alguna autopista del país, el automóvil no resistió el embate del camión de redilas y se estrelló de lado contra el chasis de éste. En el carro viajaban Eduardo —mi compañero—, su padre, su madre y su hermana, dos años menor que él. Ambos hijos murieron; los padres inexplicablemente quedaron sanos y salvos, aunque con algunas heridas y contusiones leves. Pero vivos. Tiempo después me enteré del fallecimiento de Eduardo y pensé en los muertos que siguen en activo (aunque no sólo en Internet). Su vigencia da la ilusión de que la muerte no ha reparado en

ellos; que ni el chico sonriente ni la coquetería de la bella joven han sufrido ningún rasguño.

La réplica virtual que cultivaban en sus redes sociales ahora sólo filtraba restos de lo que alguna vez fueron los dos. Sus perfiles de Facebook, tanto el de la hermana como el de Eduardo —un compañero con quien jamás crucé palabra y de cuya muerte me enteré gracias al *post* condolido de uno de los amigos que tengo (¿tenía?) en común con él—, fueron inhabilitados semanas más tarde gracias a los mensajes que algunos conocidos enviaron a los administradores del sitio para que desactivaran las cuentas. Luego de publicada la noticia, aferrado a un creciente morbo por conocer qué gesto adoptaba Eduardo en su última foto de portada, me di a la tarea de concertar hipótesis acerca de los probables amigos en común que pudiéramos tener. No fue tan difícil llegar a su cuenta. Antes de que la administración del sitio se percatara de que Eduardo no contestaba los mensajes, encontré su perfil y comencé a hurgar en su muro. En la mayoría de las fotografías el chico presumía una sonrisa franca, la cual hacía juego con las entradas plañideras que a partir de su deceso hasta las tres semanas posteriores, glosaban cada una de las fotos en que los hermanos aparecían juntos. Tan pronto como abrí su cuenta cerré la pestaña del navegador. Temía que mi morbo se extremara al grado de ser partícipe, también yo, de las condolencias ofrecidas a quien ni siquiera en la vida real le había dirigido la palabra, y que sentía tan falsas pese a que habían sido escritas incluso por familiares cercanos y no sólo por los “amigos” que el chico había conseguido en su paso por Facebook.

Ése fue el último día que quise saber de Eduardo.

Diego Casas Fernández (Puebla, 1992). Estudiante de Lingüística y Literatura Hispánica en la BUAP. Textos suyos aparecen en la antología *Somos un lugar inventado* (UAM-I, 2013), al igual que en revistas como *Divague*, *Sinfín* y *Temporales*, esta última editada en el marco del MFA de Escritura Creativa en Español de la Universidad de Nueva York. Ha tenido la oportunidad de tomar talleres con Felipe Garrido, Guillermo Espinosa Estrada e Iván Ruiz. Gracias al apoyo de la Academia Mexicana de Ciencias, en 2014 realizó una investigación en torno a la ceguera bajo la tutela de Javier Perucho. Ese mismo año obtuvo la beca estatal del PECDA en el área de Ensayo.

Sin embargo, estaba seguro de que aunque su cuenta hubiese sido dada de baja (y más tarde supuestamente removida de la red), no tardaría en encontrarme fotografías tuyas rondando de un muro a otro. El ajetreo, organizado principalmente por sus contactos, no tenía otra intención más que dedicarle —bajo una curiosa especie de prácticas exequias— nuevamente otra oración a Eduardo de menos de trescientos caracteres. En días como éstos, en los que ordenamos la vida a partir de bitácoras que no carecen de la más mínima impronta fotográfica, mucho hay de humor negro en las despedidas utilizadas para expresar que, pese a todo, nunca seremos olvidados, algo de nosotros durará lo que la vida dure. “Mientras exista el recuerdo jamás habrá olvido”, sentenciaban, memoriosos, los contactos de Eduardo en Facebook. En algún rincón de su ensayo *Sobre la fotografía*, Susan Sontag apunta: “En el fondo la cámara transforma a cualquiera en turista de la realidad de otras personas, y a la larga de la propia.”

Facebook me recuerda a ese libro de dedicatorias que solía cargar en la mochila la niña más fea, empalagosa y argüendera de mi salón en la primaria. El ánimo que en esas dedicatorias —loas de furor melodramático— trataba de forjarse a través de medios por demás novedosos (gama de colores fluorescentes en bolígrafos y lápices, sellos de tinta y genealogía indeleble) no ha cambiado, sigue siendo el mismo que alardea de sincera despedida: la malaleche, el chisme y la melancolía de poca monta también se manifiestan hoy en día bajo los mismos términos: “nunca cambies”, “sigue siendo así como eres”, “sé el mismo siempre” y otras injurias —venganzas de la efigie— contra nuestra posibilidad

de cambio. No hay duda de que tales memoriales resguardan una parte de nosotros, la menos nítida y prudente, cierta ingenuidad neta.

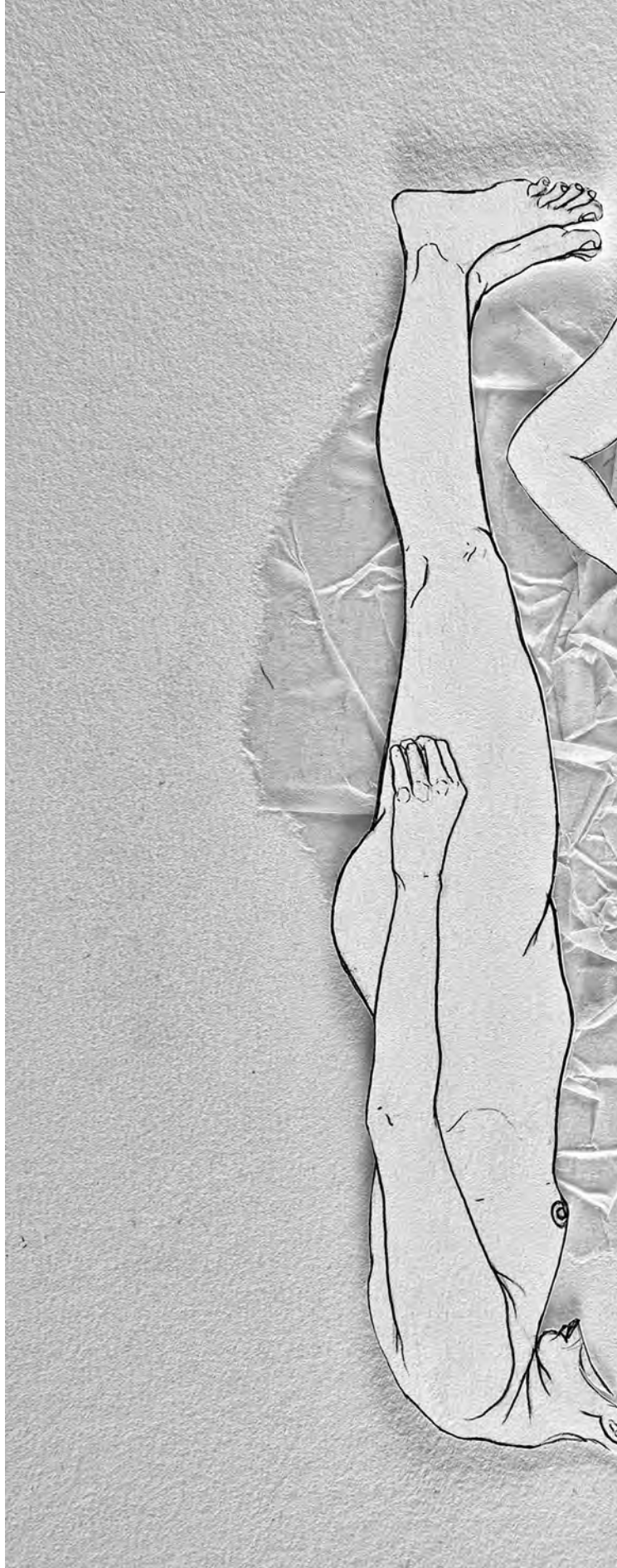
A los once años, la nostalgia crece en nosotros de modo inverso al entusiasmo de la maestra de primaria por los cambios que se avecinan. Cualquier alteración amenaza con volvernos otros, ese alguien feroz, casi pantagruélico, cuyo propósito es alejarnos de nuestros seres queridos. Lo intuye Valeria Luiselli cuando advierte que si bien la nostalgia es añoranza de un pasado, ésta puede diluirse cuando el recuerdo de lo que fue es eclipsado por la presencia abrumadora de lo que es. Aunque sólo lo intuye, pues el presente (ese *impasse* categórico al que denomina *saudade*) sencillamente no existe si no es a partir de lo eclipsado desde las antípodas: pasado y futuro. La nostalgia es la imposibilidad de regresar a una casa adornada otrora con un color distinto al que pinta el futuro. La nostalgia es sólo en el presente —en ese palpar sudoroso debajo del suéter escolar—, y el presente es un fantasma, la brisa de una despedida que nunca dejará de serlo.

Sospecho que ante la tentación de ahuyentar los temores que lo acometían por dentro, a Eduardo también se le presentó la oportunidad de recibir, incluso de escribir dedicatorias como éstas. Me hubiera gustado leerlas, saber qué pensaba ese niño de once años con respecto a los cambios, a la secundaria, al advenimiento de una vida nueva. Saber si ya estaba preparado o temía abandonar la primaria y con ello a los primeros compañeros que eligió a lo largo de esos seis años de vida en la escuela. Ser la oreja que escuchara sus ideas sobre el futuro. Ser los ojos que miraran el recelo y la emoción.

Pero no lo conocí. Ni en ese tiempo ni en otros. Supe de su existencia mediante la distancia que imponía su timidez, su silencio. Hoy, puedo escucharlo hablar en cualquier tono gracias a ese mismo silencio, mecenas de la imaginación. Aunque las dedicatorias que no escribí, las palabras que no dijo, las conozco, es cierto. Para muchos Eduardo fue su Eduardo siempre, uno y el mismo. Para mí, Eduardo jamás dejará de cantar desde el lado B de un disco cuya tonada no escuché jamás, sino hasta el momento de su muerte.

Acaso sea el silencio de una muerte el que deba reunir a las palabras alrededor de ella no para hacerse recordar, sino para crear otras maneras de nombrarla, de entenderla.

En *Marcos de guerra*, Judith Butler discute lo significativo que resulta enmarcar una imagen en particular, no sin correr el riesgo de que el resto de la secuencia de donde proviene se reduzca a ese instante egoísta. “Cuando un cuadro es enmarcado —asegura Butler— puede haber en juego todo un sinfín de maneras de comentar o ampliar la imagen.” Cualquier hecho del que no se haga mención o del que poco se tenga idea, a favor de cierto tipo de interés, a menudo conforma nuestro punto ciego. Así, cuando la memoria falla echamos mano de la imaginación y desde allí creamos momentos que jamás ocurrieron con tal de sanar cierto hueco, el espacio vacío que se presume como las heridas de una batalla a ciegas contra el tiempo. Frente a cualquier amenaza, contemplamos casi siempre desde



Sin título, de la serie *Piel interior*, lápiz y papel japonés, 30 × 21.7 cm, 2015



aquella mira vedada: lenitivo ante la incertidumbre. La vista, anclada en la fragilidad de la memoria, devuelve un acertijo que resume ambos lados de un suceso. Al recordar devenimos, por tanto, severos vigías de un movimiento deletéreo: odiosa marcha: la continua transformación de la vida: el crecimiento.

Nunca algo más penoso entonces que la usura de la memoria cuando más se necesita. Ante su ligereza, que exhibe nuestra incapacidad de recobrar una secuencia íntegra, cada recuerdo es un filtro de un tiempo aislado e improbable, cuya certeza de ser se revela como una apuesta. La memoria es un juego de azar, un tiro de dados en el que nos jugamos nada menos que el tiempo que somos. De nuevo Susan Sontag. Ella distingue uno de los rasgos de la fotografía fija con respecto al *modus operandi* de la memoria. A diferencia del cine y su movimiento, la foto suele ser un envés retratado, la presencia de algo sin espaldas. La fotografía —en oposición al vaivén característico del cine— es mucho más asequible al recuerdo puesto que en ambos opera en gran medida el estancamiento del que se auxilia nuestra incertidumbre o, en el peor de los casos, algún tipo de interés represor.

Cierto domingo en la iglesia la abuela me regañó por haber señalado hacia un crucifijo que en ese momento me resultaba gracioso. Supongo que su regaño vino acompañado de un manazo y una fuerte reprimenda por haber alzado la mano y apuntado con el dedo. “No señales, es de mala educación”, me dijo y regresó al padrenuestro que había dejado a medias por culpa mía. Acaso como parte del corpus de reprimendas a las que me hacía cliente con frecuencia, otro regaño cuyo significado me

parece injusto es aquel que impide hablar de los muertos, en particular, el confesar cualquier desliz que rebaje su memoria a los hábitos de una bestia, que difame la gracia de su evocación convirtiéndola en materia soez y despreciable. Se prohíbe hablar de ellos como si alguien en el más allá tuviera la posibilidad de hacerles llegar nuestras palabras y éstos, a su vez, hicieran justicia por cuenta propia. Tal vez como resultado de la religión de vertiente católica que predomina en el país, el modo de recordar a los difuntos sufra varios mordiscos dados por las fauces de cierta melancolía inmune a una sana expiación. Lo advertía Cavafis, antes de morir: “Sin miramientos, sin piedad, sin pudor, grandes y altas murallas en torno mío levantaron. Mas nunca oí el ruido ni la voz de sus autores. Sin sentirlo, fuera del mundo me cercaron.” Más que entrañar un gesto cariñoso, la negación hacia la falibilidad innata del hombre no hace menos que reducirlo a una estampa desvaída, negando así aquello que se esconde tras el clic del obturador.

Hay muertos que preceden nuestra memoria. Muertos a los que no conocemos de otro modo. La abuela muerta, el abuelo muerto, la tía muerta, el padre muerto. Generalmente fueron personas que jamás tuvieron incidencia directa en nosotros. Se extraña a quien estuvo, a quien fue al lado nuestro, hombro con hombro, pero difícilmente a quien no conocimos. Inventamos, por ello, diversas maneras de comunicarnos con esos contemporáneos de oídas. Mesas redondas de espiritismo comunitario, fotografías intervenidas, güijas preguntonas; cartas, álbumes de familia, periódicos, cuyo trabajo es recoger lo sucedido, el pasado que ignoramos y que en ocasiones sólo imaginamos dentro de marcos

angostos, bajo estrictas anteojeras. Todo lo que preserve esas siluetas, esos fantasmas del ojo, esas encarnaciones del tacto. Esos fantasmas, diría Arno Schmidt, que todavía recorren el mundo en sus bicicletas.

Mi abuela murió cuando yo tenía ocho años y recién estrenaba la memoria. Eduardo murió a mis dieciocho, a sus dieciocho, en plena cuesta hacia el futuro. Y muchos otros que no conozco, pero que imagino, también han muerto sin haber dejado de vivir (aunque no lo suficiente, porque jamás será suficiente). Tanto el niño como la anciana vivieron a mi lado, pero en ocasiones prefiero recordar sus otras caras, los lados que no conocí, las arrugas que a menudo surcaban su rostro por la emoción de sentirse vivos. Delante de la muerte habré de nombrar pieza por pieza mi ceguera, y si es necesario, hacerlo con otras palabras. Lo que no vemos ni sabemos siempre estará sucediendo en otro lugar.

Diez años antes de que Facebook despuntara como la red social más popular del ciberespacio (diecinueve antes, además, de que el mismo sitio creara un memorial *online*, una suerte de cementerio virtual para acceder al perfil de nuestros muertos y no perder contacto con ellos), el gordo Pereira desafiaba su soledad al conversar con el retrato de su esposa muerta hacía poco.¹ En su

¹ Puesto que en la ficción corre el año de 1938, cabe aclarar que las cuentas son a partir de 1994, año en que se publica por primera vez la novela *Sostiene Pereira*, de Antonio Tabucchi, en la editorial italiana Feltrinelli.

intento por llevar al límite el aburrimiento de su redactor de notas culturales, Tabucchi creyó despertar cierta sensación perturbadora en el lector al momento en que este último se percatara de que, debido a lo intolerable del abandono, Pereira mantenía una relación activa con una fotografía, aunque no con cualquier fotografía: un retrato cuya imagen (el rostro de una bella mujer, según se aprecia en la película homónima de Roberto Faenza) apela por un careo inminente entre Pereira y el taciturno —mas no ausente— rostro de su esposa. Hablar con un retrato parece ser el principio básico de cualquier charla a solas frente al espejo. Y cuán difícil resulta, sin embargo, hablar a solas con nosotros mismos. Porque si algo es cierto es que no sólo hablar en público horroriza: también el hacerlo con todas las ventajas mientras se irrumpe en la intimidad de nuestro hogar.

A contrapelo de la soledad, alrededor de nosotros también crece el silencio.

Imagino el cuerpo rechoncho de Pereira —imbuido de cierto sosiego por el alba lusitana— mirando la imagen devuelta por el espejo de su baño, ese cuadro que revela, más que las arrugas, el recelo a ellas; más que un cuero desvencijado, la afronta por contemplarlo sin reservas. El temor por advertir su vejez, por conocerse pese a todo, en esa etapa de la vida, conmina a Pereira a volcarse a la aventura. De allí se asoma su otra cara: la faceta jovial del anciano que ambiciona ganarle terreno a lo inevitable. Por ello, la palabra le resulta vital. Pereira actúa como mediador de dos dimensiones: la vida y la muerte, las suyas y las de miles que en ese entonces morían a manos enemigas en la Península Ibérica. Pereira teme quedarse callado delante de la foto porque el

silencio haría más evidente su soledad, aunque no sólo eso, el silencio lo volvería también una efigie sin voz, una imagen con un solo rostro. Eso: un retrato. Joan Fontcuberta diría que en la actualidad las fotos ya no recogen recuerdos para guardar sino mensajes para enviar e intercambiar. Pereira no guarda de su esposa más que un retrato, y acaso unas cuantas pertenencias suyas como sus alhajas y su ropa, pero lo importante, aquello que sin embargo la trae de regreso, no es sino un retrato al cual él mismo inviste de historias vividas, de pláticas con la noticia a cuestas, y no sólo de recuerdos inconexos.

Al igual que la muerte, la palabra también es de dominio público. Aquella forma de espiritismo que es el diálogo en solitario delante de un retrato o de una tumba, y que tiempo atrás se restringía a dos, actualmente no permite ya ningún asomo de secrecía. Compartimos la muerte en tanto su silencio (esa constante que nos convida de nuestra propia humanidad) no someta nuestra voz. Cristina Rivera Garza también lo nota: “Nombrar es una manera de reconocer la existencia de una realidad. El que conversa vuelve visible lo oculto.” Una vez que el acto de habla sea sinónimo vigoroso de la plenitud vital, cada muerto podrá, también él, decir algo, acaso ese secreto que en vida guardó por años. La palabra que circula y dice, la que no se limita a recordar ni fijar, es el bisturí que abre el silencio como a un cadáver.

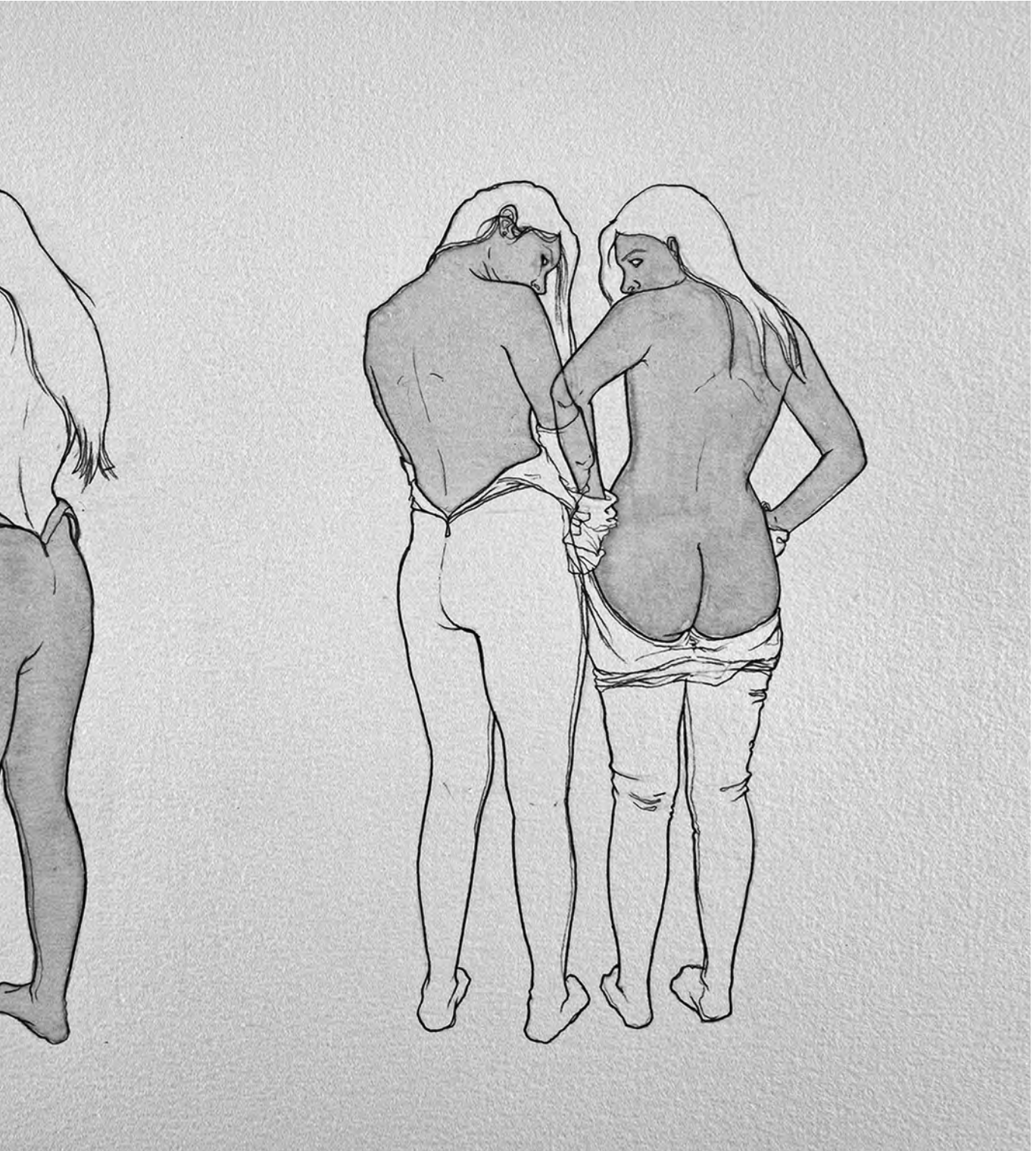
Si bien Pereira asemeja una suerte de Hamlet moderno que no sublima la muerte sino que la transforma en conversaciones de duelo permanente (pues tal es el estado bélico que pinta el Portugal salazarista de 1938),

un héroe como él no debe reducirse a una persona hablando a solas con sus muertos. Mediante el aislamiento del duelo personal, la palabra adquiere una fisura proclive, asimismo, a despejar el lado inerte del silencio: la censura, que siempre es infligida por y hacia uno mismo (de ahí que el prefijo “auto” no sea sino un pleonasma atroz). Su condición confunde el ejercicio monológico con el fétido aliento del ausente en vida. No debe resultar extraño que en circunstancias similares (Salazar en Portugal, Franco en España) la palabra censurada derive del maquillado rostro público que por esos años ocultaba cualquier indicio de vida contraria a la impuesta. En medio de todo esto, Pereira y Monteiro Rossi (estudiante, camarada de Pereira y redactor de notas necrológicas en el periódico donde aquél colabora) empuñan el bolígrafo y escriben, urden conversaciones, se comunican sin cesar con tal de derrocar el silencio que tal parece no los amedrenta. Aceptar la censura no es lo mismo que guardar silencio. Existe cierto matiz ancilar entre ambas prácticas. Por un lado, callar —confiar la voz al silencio— no es más que decir de otros modos, tal vez más certeros que la palabra. Por otro, enmudecer —dejar que la voz se erosione— sencillamente es no hacer uso de ella, olvidar que tenemos voz no sólo para recordar.

La muerte estremece y oprime el corazón. Sus varias tentativas de arriba a menudo obligan a estar alerta, exigen sospechar regularmente de aquello que pasa por la cabeza sólo como posibilidad. Invitan a vivir no con miedo, sino con pasión. Ser o no ser se resume —en estos días— en callar o no callar, hablar o no hacerlo. La palabra se tiene o se pierde, y en eso radica la injusticia. **P**

Sin título, de la serie *Piel interior*, lápiz y tinta/papel, 21.7 × 30 cm, 2015





El baúl y el féretro. Seis postales desde el infierno

Gustavo Alatorre Pérez

FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS-UNAM

Qué bella. Espero que estos poemas despetrifiquen nuestra ausencia física. Tal vez sea una prueba del Espíritu, para que nuestro amor pase y vuele sobre la ilusión que produce la corporeidad sola. Confundiendo como siempre veo en todas las parejas que el Amor es sólo la presencia física.

Rogelio Treviño, en misiva para Mariángel Gasca Posadas

1 El baúl y el féretro

Toda antología concreta en sí, más allá de las apariencias estéticas y serias del trabajo —las cuales suelen incluirse en las primeras páginas de toda solemne selección— es un proyecto personal e injusto, muchas veces, por las ausencias, e inclusive por algunas inclusiones. La literatura mexicana no es por ningún motivo la excepción. Tal es el caso de la ya conocida ausencia del poeta Jorge Cuesta en la antología coordinada por Octavio Paz *Poesía en movimiento* (1966), o la exclusión de poetas como Ramón Martínez Ocaranza (1915-1982), Enrique González Rojo Arthur (1928), Mario Santiago, cuyo nombre primero fue el de José Alfredo Zendejas (1953-1998) y Rogelio Treviño (1953-2012), no sólo en antologías que nacieron o comienzan a forjarse como oficiales junto a aquella mítica antología del 66 ya citada, sino fuera del panorama literario mexicano. Sin embargo, tales ausencias, para bien, sólo son visibles cuando el poeta y su obra se hacen necesarios dentro del tedioso o ya conocido mundo oficial de las letras mexicanas. La obra del poeta ausente es la que precisa lugar en su contexto literario y la que subyace más allá del anonimato y cumple el ciclo para el cual fue hecha: ser leída y conocida. Así es como estas ausencias se tornan rápidamente en erupciones colosales y señalan, si es el caso, las intrigas o *divorcios viscerales* que las hundieron en el anonimato. O, en el mejor de los casos, simplemente concretan el ciclo que fue marcado desde el inicio por el poeta quien prefirió ante todo trabajar en su obra y exiliarse del mundo literario. Tal es el caso de Max Rojas (1940-2015), quien desde hace unos años ha comenzado a ser más leído y su obra empieza a ser referencia sólida dentro de la producción literaria nacional.

Sea cual sea la intención primaria de una antología, no escapará jamás al ojo crítico, complaciente —a veces— o resentido, de los lectores de poesía que en su

Gustavo Alatorre Pérez (Ciudad de México, 1979). Poeta y ensayista. Doctorando en Letras por la UNAM. Tiene publicados los libros de poesía *Guardar del infierno* (Fridaura, 2011) y *Nueve nocturnos para que duerma Lesbia* (Fá Editorial, 2014), así como el libro de ensayo *El derrumbe amoroso. Apuntes sobre la poética de El turno del aullante de Max Rojas* (Fridaura, 2013). Su obra poética ha merecido diversos premios literarios.

mayoría son los mismos poetas, los mismos creadores de este germen inmenso llamado literatura mexicana.

2

Epístolas para después de morir

Busco por Internet a un poeta totalmente nuevo para mí: Rogelio Treviño. Lo poco que encuentro no me dice mucho puesto que la mayoría de los documentos que me facilita la herramienta electrónica son notas de algún blog que hacen referencia a su muerte, algunos correos entre el poeta y una mujer que son manejados como *epístolas literarias* y un par de videos donde el poeta recita y resume, a grandes rasgos, lo que no se puede resumir: su estética. Y eso es todo. Desde su muerte, se presume ocurrida en plena calle dada su última condición indigente o en un hospital junto a dos camaradas suyos (hay varias versiones según se puede enterar uno), pasan casi dos meses para que su cuerpo sea encontrado, o mejor dicho, reclamado en la morgue de alguna delegación del Distrito Federal.

Busco al poeta por recomendación de otro que me ha dicho y asegurado que encontraré una grata sorpresa, y para persuadirme agrega: “encontrarás algo de parecido entre su alma y la tuya”. Movido más por estas últimas palabras, busco... busco... busco... Y comparto:

El Espíritu contigo y tus hijas. Aquí respiramos los antropopeces el aliento amniótico de Dios, por eso puedo decir que te respiro, que nos respiramos. Dice uno de los grandes del xx, Rainer Maria Rilke, mi maestro... Respirar, invisible poema... Cuántos vientos son como hijos míos... Así, Mariángel, nos respiramos nosotros dos, porque lo semejante atrae y se une con lo semejante... Agua mental, agua dulce, somos agua que piensa, que imagina principalmente, agua que sueña, que camina, agua que habla, que ama, agua que respira, agua que ve, agua que escucha, agua pequeña, de abajo, que se hace a un lado como agua psicológica para que descienda el agua de arriba, como el agua madre... Aguadulce... Te amo, Benji... Roi.

(e-mail dirigido a Mariángel Gasca Posadas)

3 El León Dorado

A Max Rojas lo conocí una noche de septiembre, creo, del año 2001. Por ese tiempo asistía a un taller de literatura impartido en la delegación Iztacalco por el poeta Marco Tulio Lailson, él me presentó a Max Rojas. Íbamos al taller Manuel Becerra Salazar y yo, dos jóvenes cuyas ambiciones estaban puestas en la poesía, las mujeres y la bebida, esta última, razón por la que habíamos esperado toda esa tarde-noche pese al retraso del profesor. La ausencia de dinero era otra circunstancia por la que el taller resultaba necesario: nunca faltaron las cervezas y demás tragos invitados por el tutor.

Esa noche conocí a un poeta. Todo en él, su persona, su voz, su obra, cimbró algo dentro de mí; había sido invitado a una epifanía ocurrida justo en un lugar lúgubre y brillante dentro de esta ciudad misteriosa. El León Dorado forjó con su nombre, sus muchachas y sus tragos, la amistad que me uniría desde ese día al poeta. Años después, en su casa, con su cuerpo más gastado y con la misma insistencia por el cigarro, observo a Max: me cuenta que fue jurado en un concurso de poesía, que está buscando un premio, que ya no lee por los problemas que la enfermedad le ha traído. Sirve el café, me ofrece tequila, y yo lo observo. Pienso algunas cosas: no busca fama o reconocimiento; eso no lo buscó de joven, ahora menos que se le empieza a dar. Busca el dinero, tal vez, su condición y las responsabilidades que aún tiene no hacen buena amalgama. Bebo el tequila y dejo el café servido y frío. Salgo de su casa, él ya no baja a despedirme pues su enfermedad le impide moverse ágilmente por las escaleras y le evito ese esfuerzo. Volteo, desde la calle, hacia la ventana grande de su sala donde sé que él se queda, que *él está ahí*. Y me alejo de esa casa azul inmersa en un mar de construcciones de esta ciudad que no termina de nacer.

4

La ciudad, el cáncer, o el muñón de la estrella

Miro y leo la antología *Poetas de una generación (1940-1949)*, publicada por la UNAM en 1981 y transcribo lo siguiente: “Acaso por ese descubrimiento primario del espacio urbano que fue, entre otras muchas cosas, el movimiento del 68, la ciudad es en ellos no un tema, sí una razón de ser.” Esto que afirma Vicente Quirarte con respecto a esta generación me da pie a fijar mi atención en dos circunstancias que han estado latentes en estas líneas desde el inicio: un poeta que escribe dentro del caos de la ciudad (Max Rojas) y otro que muere tragado por una ciudad (Rogelio Treviño). Este último, si bien no pertenece a esta generación, es lo mismo víctima y beneficiario de la historia de las letras mexicanas en la última mitad del siglo XX y la primera década de este siglo XXI. Ambos poetas forman pues, el pretexto para estas líneas. Abro la página al azar y sigo leyendo:

Metí mis versos entre las patas de los caballos

La palabra

cáncer

el poema

cáncer

canta

se corrompe

y deja discípulos que dejarán maestros

y muere

la palabra

el poema

y el poeta

A cada cáncer se le llega su géminis

Metí mis versos entre las patas de los caballos

:

No quedó ni el muñón de una estrella



Sin título, de la serie *Piel interior*, lápiz, tinta y papel japonés, 21.7 × 30 cm, 2015

Reconozco el poema y sé que es de Orlando Guillén. Ahora busco una página escogida desde el índice y transcribo:

Caidal mi pinche extrañación vino de golpe
a balbucir sepa qué tantas pendejadas;
venía dizque a escombrar lo que el almaje me horadaba,
y a tientas tentoneó para encontrarse
un agujero tal de tal tamaño que en su adentro,
mi agujereaje y yo no dábamos no pie
sino siquiera mentábamos finar
de a donde a rastras pudiera retacharse nuestro aullido.
Esto es lo que me queda —dije— de tanta extrañación [...]

Dejo la transcripción a un lado y cierro el libro. Pienso en las increíbles formas oscuras y misteriosas que tiene la poesía para manifestarse y *ser*. Este poema, el canto X de *El turno del aullante*, le ha dado mucho a Max Rojas, y casi siempre que se le incluye al escritor en alguna antología es con este poema, o al menos, no debe faltar. Pienso entonces en *Décima muerte* de Villaurrutia o en *Muerte sin fin* de Gorostiza y mi efervescencia disminuye. Veo entonces la enorme cantidad de palabras subrayadas con rojo por el ordenador en tan sólo nueve versos y no puedo evitar reír un poco, reír... poco, pero reír.

5

De fantasmas y apariciones

La segunda vez que vi a Max Rojas fue en el transporte público. Habían pasado casi dos años desde la visita a El León Dorado y ahora me lo encontraba rumbo a nuestra cita. Habíamos quedado de vernos en una casa de cultura de la delegación Iztapalapa donde Max Rojas recién había iniciado un taller de escritura y donde además se encargaba de atender un cafecito instalado dentro de la misma casa. Junto a sus hijos, Marcela y Pablo, Max daba orden y vida a lo que en ese entonces era parte de su forma de subsistencia. Lo vi subir al microbús e instalarse en un asiento del frente, sacar una libreta y comenzar a escribir en ella sin hacer caso de la gente que subía y bajaba, que lo empujaba o distraía pidiéndole permiso para sentarse a su lado o pasar junto a él. No quise llamarlo ni interrumpirlo; además, a pesar de su libreta y su perfil, algo dentro de mí no se sentía seguro de saber si en realidad se trataba de Max o de una aparición, de un fantasma que ocupaba un asiento más en medio del tráfico y la histeria de esta ciudad. Cuando bajamos, justo enfrente de la casa de cultura, lo saludé.

Su libreta, una de tantas después me enteré, contenía su poemario *Cuerpos*, o al menos los primeros libros de éste. Me pareció que esta segunda vez tomó forma dentro de mí la imagen ahora sí completa de Max Rojas, y del poeta en sí para mis ojos. Por un lado toda la energía de la noche, la bebida, la poesía recitada en el bar, y por otro: la luz sin gracia del día común, la ocupación por la sobrevivencia atendiendo el café y la labor, aún en esas circunstancias, de dedicar incluso el mínimo detalle de la vida a la poesía, precisamente con el taller de escritura justo a las doce del día de todos los sábados.

Salí esa tarde triste. Y contento. Quizás más lleno de melancolía que de alegría en sí o de tristeza. Fui testigo de aquellos momentos que verdaderamente nutren al hombre en su poesía, lejos del canon literario o del reconocimiento de la obra, que en ese entonces aún no llegaba del todo a Max Rojas, presencié algo misterioso que hasta ahora, años después, se me revela con verdadera luz: la poesía *es* y *estará* siempre en todos lados, menos donde pretenden meterla, acomodarla, justificarla.

6 y última

De alacranes, viento y espera

Miro por una ventana de las muchas que tiene la Biblioteca Vasconcelos. Espero sin ninguna ilusión la aparición de un rostro conocido que traiga luz a este día nuevo y nublado; sin embargo, pese a la desesperanza, miro por la ventana, atento, y espero algo, a *alguien*. ¿Qué hace en estos momentos Max Rojas? Seguro está fumando. Quizá tomando café o escribiendo. Pienso en las antologías y en los antólogos, abro una que tengo a la mano y cito:

[...] la presente es una antología de divulgación, y en ese término, deseo centrar el argumento de su necesidad. A diferencia de las antologías académicas o de crestomatías de grupos, sectas y cofradías, estas páginas se proponen entregar a los lectores —en medio millar de poemas— algunos de los momentos más significativos de la poesía mexicana a lo largo de los dos últimos siglos.*

Hay dos cosas seguras que podemos sacar de estas palabras: la primera es que efectivamente hay un *mal* que todo antólogo sabe y que tiene como primera premisa atacar, al menos en apariencia o como labor principal de su objetividad y seriedad, y esto es el asunto que involucra a los grupos literarios, a las mafias y a las visiones académicas o de grupos de poder literario que dictan o que ayudan a construir lo que *debe ser considerado como poesía y lo que no*, y que se manifiesta o cobra presencia muchas veces en la antología misma —curioso, ¿no?—. Y dos: hay momentos brillantes en la historia de nuestras letras...

Lo significativo de esto es lo siguiente: sin importar la causa o razón, una antología siempre revelará más de lo que incluye en sus entrañas. Las ausencias serán estrellas negras en las páginas, universos inevitables que pronto aparecerán en la escena y reclamarán su lugar. Entonces, ¿habrá que agradecer al antólogo? ¿Su acto de concretar un panorama o una muestra es, pues, una manera de sacrificio en pos de una *revelación*? Pienso esto mientras observo por la ventana, una de las muchas que hay en esta biblioteca —ya lo escribí—. Miro el reloj del ordenador y el tiempo transcurre de prisa y sin perdonar un segundo. Nadie llegó, al menos nadie que yo esperara. Un alacrán oscuro pelea con el viento del otro lado del cristal, del *espejo*. Hace frío, infiero que el animal de oscura perla también lo siente, pese a que lucha contra el viento. Pienso en la noche fría de la muerte de Rogelio Treviño, pienso en los días, más de treinta, de la morgue, en su familia, en su amada. El panorama de las letras no es distinto, a veces salen cadáveres de la morgue a construir la página que faltaba en el libro de la Historia o a veces hay una congeladora esperando a más de uno de ellos. Pienso en esto, en el viento, en las antologías, en los poetas muertos y en los que no dicen nada estando vivos, y espero sin ilusión un rostro que venga a iluminarme este día nublado. Hace frío. Por eso miro por la ventana. Por eso a veces, muchas, lucho contra el viento, como aquel animal de oscura perla.❶

* Juan Domingo Argüelles (selección y prólogo), *Dos siglos de poesía mexicana. Del XIX al fin del milenio. Una antología*, Océano, Ciudad de México, 2001,



Trinos textuales sobre *Cofre de pájaro muerto*

Balam Rodrigo



Armando Salgado
Cofre de pájaro muerto

Ediciones de Punto de Partida, Dirección de Literatura, UNAM, 2014

Por invitación expresa de Carmina Estrada, excelente editora que dirige atinadamente la revista *Punto de partida* de la UNAM —quizá la revista literaria estudiantil y universitaria con mayor tradición, longevidad y vigencia en México—, Armando Salgado vio publicado *Cofre de pájaro muerto* en una hermosa y cuidada edición incluida en una colección dedicada a publicar libros de escritores jóvenes, principalmente los que tienen una obra singular, prometedora y poco difundida.

La primera sección de *Cofre de pájaro muerto*, de título homónimo (y que inicia su travesía con el siguiente subtítulo surrealista: “Árboles ciegos”), me recuerda los versos del escritor marroquí Tahar Ben Jelloun: “Cuando el bosque avanza / es inútil la huida / sobre todo si se es / uno mismo / árbol.” Ello, por la propuesta primaria de Armando, del árbol no como símbolo de inmovilidad, sino de movimiento y canto. A partir de la memoria y los recuerdos familiares, el poeta crea, en los versos iniciales del libro, un bosque de tinta que hace trinar a los árboles de los otrora grandes bosques michoacanos, hoy amenazados por el olvido y la barbarie. Como en otros libros suyos, Salgado retoma el discurso poético metatextual, intertextual y neoconceptual, y al leer determinados poemas es necesario “interactuar” con el texto, *hacerlo* en la página.

Por otro lado, “Cuaderno de anís”, segunda sección del libro, vuelve a la profunda memoria de la infancia, y es quizá la parte más lírica del libro. Aquí el poeta se transforma en *lector* del relámpago de agua que es el río Cupatitzio mientras atraviesa la columna vertebral de Uruapan, así como su propia sangre. El poema “Hablar de otros abuelos” es tanto manifiesto lírico y poético, como declaración de fe:

Mi abuelo no fue cazador
ni aparentó la poesía en sus manos.
Nunca soñó con tigres viejos
ni escopetas que amedrentaran el hambre.
Sacó y partió piedra.
Secó y armó ríos de fuerte esperanza.
Aún en su lecho de muerte

nunca disparó contra objetos invisibles.
Tenía huesos y carne como todos los hombres.
Aprendí de él lo que es la realidad.

En “Cherán, todos los árboles del mundo” existe una conciencia ambiental y un reclamo contra la inseguridad que sufren los oprimidos, así como un hartazgo por las varias violencias e injusticias (del crimen organizado, de los políticos, de las instituciones, del Estado), por lo que Cherán se levanta en armas (materiales y de conciencia) y opta por la autonomía. Armando registra el envés poético de la decisión de este pueblo sin caer en el panfleto. De esta manera las personas, como los árboles, son talados, no mueren, sino que “caen”: desaparecidos, secuestrados y abandonados en el bosque del terror y el miedo que a diario los (y nos) ahoga. De igual modo, es posible advertir en la obra de Salgado el desarrollo del discurso ecocrítico y la conciencia eco-poética, característico de los escritores hipermodernos. No se encuentra en el libro la común exaltación del fasto natural, el canto órfico a la belleza intacta y primigenia del edén, al idílico lugar de origen. Por el contrario, la conciencia *ecocrítica* hace reclamar al poeta por la contaminación, por la destrucción a la que han sido sometidas y subyugadas la naturaleza y el paisaje, por el capitalismo, por el avance de la “civilización”.

El segundo bloque del poemario, *La fuente, donde un relámpago tirado yace*, inicia con el apartado “Melancolías”, que incluye el texto “Limonero con pentagrama enterrado”, sin duda, uno de los mejores poemas de Salgado:

Llevo cinco perros en los ojos
sepultados bajo la sombra del árbol
a quince milímetros del pecho.
También una casa de adobe
y una estampa del río Cupatitzio.
Así de fácil regresar.
Como sintonizar en las venas: Infinity de Guru Josh
y el Remember Na Na Na Hey en los ojos de Elva.
Así de sencillo, así la rueda
y el cruce de caminos en la mano.
Ahora, antes de fundar
relámpagos en sangre

levanto el rostro y miro el polvo en las huellas.
Mis ojos saben
que ante el respiro y la distancia
los hombres somos los mismos.

La rabia poética de este poema es directa, filosa, canina. Los referentes inmediatos a la cultura popular nos sitúan en la posible edad generacional del autor, pero sobre todo en su tiempo, datan su microhistoria. Las canciones de música pop y rock, principalmente, están presentes en casi todos los poemarios de Armando, y otros de sus poemas —particularmente los que están escritos en forma libre, versicular— tienen la fluidez y el ritmo de una canción. Y me atrevo a considerar que los cinco perros muertos referidos en el texto de Armando, además de reales, son, instintiva e inconscientemente, una posible proyección de él y sus cuatro hermanos. Digo lo anterior porque en todos los libros de poesía de Salgado el perro es, sin más, su verdadero *alter ego*, por ello aparecen canes por todos lados, ladrando, rabiosos, mordiendo, fieles, inconformes, imponentes, a pesar de su aparente flaqueza y timidez. A lo anterior habría que sumar la manía poética de Armando de vincular la figura del perro con la del mar. Ambos símbolos son indisolubles en todos sus libros, y en *Cofre de pájaro muerto*, Armando perfecciona esta obsesión. El mar “dependerá” del perro siempre que el poeta lleve su poesía hacia el discurso marítimo.

La sección náutica de *La fuente, donde un relámpago tirado yace* repite una forma de la que el autor echa mano en otros libros: escribe el primer poema del apartado en una sola estrofa, de versos breves, mientras que signa el texto siguiente con un poema en prosa, extenso y narrativo. El resultado es un dístico poético, cruz y cara de un juego discursivo que funciona de modo que el lector haga una pausa, luego del continuo golpe de imágenes y el lenguaje concentrado de los versos breves antes de volver a sumergirse en el tupido bosque de los poemas en prosa. En tales prosas es patente que Salgado siente mayor libertad creativa; en ellas establece vínculos y símiles discursivos entre el mar de Ensenada, Baja California y el mar de Dungeons, Sudáfrica; entre perros y tiburones blancos; entre el arte de surfear y el arte de

escribir poesía; entre el incommensurable mar universal y la poesía.

“Desvelo del espectador”, quinto subtítulo de *Cofre de pájaro muerto*, hace del relámpago (otro elemento del orden natural con una imagen etérea, breve y brutal) su caballo de batalla metafórico. En la segunda parte de “Desvelo del espectador”, el tema de los poemas tiene su origen tanto en la lectura de los libros de Oliver Sacks, como en la conversación de Armando con Atenas Pintor, académica especializada en interculturalidad. En estos poemas Salgado se apropia del discurso tecnocientífico para poner en marcha aquello que alguien llamó el *zoo humano*: nosotros domesticados, exhibidos, encadenados detrás de la jaula de la mediocridad, de la costumbre, de las drogas y las sustancias “civilizatorias” que anestesian y callan la naturaleza humana y nos devuelven al mundo sin imaginación, sin fantasía, un espacio sin tiempo donde pesadillas y sueños son enfermedades.

El sexto y séptimo apartados del libro son los de mayor narratología y posibilidades discursivas. El poema “Biografía del mar en tono sepia y un cuadro desbordándose” realiza dos homenajes: el primero, de naturaleza referencial, al poeta tabasqueño Jeremías Marquines, en una suerte de “respuesta” a uno de sus mejores libros;¹ el segundo es de naturaleza representacional o iconotextual, efrática, a partir de la “lectura poética” del cuadro *The Fairy Feller’s Master-Stroke* de Richard Dadd. En cuanto al planteamiento efrático hallado aquí, el poema titulado “1” en la penúltima sección del libro intenta re-presentar la famosa obra de Dadd, extendiendo —por medio de la palabra y valiéndose de otro tipo de imagen y universo simbólico— los poderes representativos y plásticos del icono, al verbalizarlo. Cito únicamente la parte “textual” del poema comentado:

1

Contemplo la pintura *The Fairy Feller’s Master-Stroke* de Richard Dadd. Veo un par de manicomios en dos ciudades:

¹ *Varias especies de animales extraños cubiertos de piel jugando en una cueva con un pico mientras Richard Dadd observa desde un calabozo de Bethlem* (Instituto Estatal de Cultura de Tabasco, 2008).

Bethlem y Broamood. Un trozo de primavera aún cuelga del hacha. No se puede ignorar la influencia de Shakespeare. Si vemos lo taciturno del paisaje, a cierta distancia, se podrá anticipar la neumonía de Freddie Mercury.³

³ La famosa banda de rock Queen dedicó una canción a Richard Dadd por esa obra parricida en 1974.

El poeta “necesita” los ojos del lector para darle sentido a su propuesta efrática, al jugar poéticamente con la idea de sólo ver el objeto gráfico, pero el lector debe, al mismo tiempo, leer dicho icono y extender esa lectura en, con, desde y hacia el poema. A la observación anterior habrá que sumar lo que Peter Wagner llamó *intermedialidad*, un tipo de intertextualidad en el que una representación visual está presente en un texto verbal, y que podemos inferir en el poema. A la mencionada intermedialidad habrá que sumar la intertextualidad verbal del texto, debido a la alusión tanto a Shakespeare como a Freddie Mercury, de la banda de rock Queen, que a su vez dedicó una canción a la obra del parricida. Proyección psicológica y metafórica, tal es el otro sentido de la penúltima sección de *Cofre de pájaro muerto*: matar al padre, decapitarlo. En líneas anteriores he mencionado la pugna y la compleja relación de Salgado con su padre, espejo nominal del poeta, cuya presencia y lado sombrío es necesario talar, como a los árboles de los primeros poemas, y una vez cometido el parricidio, erguirse, caminar, respirar, seguir viviendo, sin más, y otra vez, con el padre, una vez reconciliados con él y con todos con sus demonios y fantasmas. Aquí un fragmento decisivo:

[...] no los conozco, ni a Jeremías ni a Richard. Lo único verdadero es que ambos son parricidas. Uno decapita al padre con un hachazo de mar [...] El otro, acariciándose las venas, se despierta todas las noches con relámpagos bajo los pies. Al escudriñar el halo nocturno, en medio del calabozo, contempla la cabeza de su padre.

En el poema se advierten dos elementos más que aparecerán en los poemas posteriores de esta sección: el relámpago como símbolo y señal, y la contemplación, en la oscuridad, de la cabeza del padre y de la propia cabeza del yo lírico:

[...] Yo mismo desbarato mis recuerdos y taladro la dura superficie del alcohol. Al sentir la noche mojando mis pies, levanto esta guillotina. No te sorprenda, querido lector, ver mi cabeza en el piso de tu alcoba.”

La creación de imágenes de gran plasticidad en este poema, la atmósfera nocturna y el diálogo directo con el lector, parecen la re-presentación de otras pinturas que nos remiten, por ejemplo, a la obra *David y Goliat* del pintor barroco Caravaggio, obsesionado con la decapitación, tema frecuente en su obra. Aquí David sería el poeta y Goliat el padre, pero al igual que en los cuadros de Caravaggio, y sin eludir el sesgo psicoanalista, la cabeza del artista tomará, en algún momento, el lugar de la de Goliat, y será servida al lector en la misma y pulida bandeja de plata: el poema.

Como posible forma de redención poética, el texto “Fríos”, de la última sección de *Cofre de pájaro muerto*, crea un diálogo narratológico y conciliatorio con la madre, cuya presencia salvífica provee al autor de la fuerza y el amor necesarios para resucitar y dejar atrás el parricidio, alcanzando así, su nueva metamorfosis (la del hombre en poeta). Por lo anterior, no es raro encontrar

en este poema un diálogo constante con *La metamorfosis* de Franz Kafka, donde el poeta es Gregorio Samsa y la madre, Franz:

[...] Soy Gregorio, el hijo de Sensini y el hermano de los cincuenta jóvenes que murieron junto a mí, cavados en el frío de la indiferencia.

El poema final funciona como una apostilla o posfacio lírico donde Armando proyecta la desazón animal de estar con los pies en la tierra, como un gusano medidor que tiene que cumplir su destino escrito: no medir, sino vivir, sabiendo que indefectiblemente morirá. Sin embargo, antes de cumplir ese destino trágico, el poeta escupe al mundo todo su dolor, todo su coraje, pues está enfermo de un mal completamente incurable: la poesía.

Sirvan estos breves apuntes para invitar a futuros lectores a abrir este inquietante *Cofre de pájaro muerto* e iniciar un camino que los llevará, sin duda, a descubrir la obra poética de Armando Salgado, uno de los poetas de mayor singularidad y potencia imaginativa de México. P

Balam Rodrigo (Villa de Comaltitlán, Chiapas, 1974). Autor de los libros de poesía *Hábito lunar* (Praxis, 2005), *Poemas de mar amaranto* (Conecultra Chiapas, 2006), *Silencia* (Conecultra Chiapas, 2007), *Libelo de varia necrología* (Secretaría de Cultura GDF, 2006; FETA, 2008), *Larva agonía* (IMC, 2008), *Icartas* (Ayuntamiento de Campeche, 2008; Literal, 2010), *Bitácora del árbol nómada* (Jus, 2011), *Cuatro murmullos y un relincho en los llanos del silencio* (Ediciones La Rana, 2012), *Logomaquia* (Espejitos de Papel Editores, 2012), *Braille para sordos* (IMC, 2013), *Libro de sal* (Editorial Posdata, 2013), *Desmemoria del rey sonámbulo* (Ediciones Montecarmelo / Secretaría de Cultura de Guerrero, 2015), *El órgano inextirpable del sueño* (Metáfora Editores, 2015), *El corazón es una jaula de relámpagos* (El Gallo de Oro Ediciones, 2015), *Iceberg negro* (Ediciones Atrasalante/Conecultra Chiapas, 2015), *Oficios del neólogo* (Lempa, 2015) y *Silbar de mirlos para la hermosa* (en prensa). Su obra ha merecido, entre otros reconocimientos, el premio del Certamen Internacional de Literatura Sor Juana Inés de la Cruz 2012 y el Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines 2014. Es miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte.





Universidad Nacional Autónoma de México
